ANNA CHILLON
Ola de
PASIÓN
PASSION ISLANDS

PASSION ISLANDS

Ola de Pasión

Anna Chillon

Copyright © 2025 Anna Chillon
Traducción: Tra Parole Traduzioni
Todos los derechos están reservados a la Autora

Esta es una obra de ficción.
Los personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos o personas reales es pura coincidencia.

www.annachillon.it
annachillon@gmail.com

Capítulo 1

Había cogido el vuelo directo a George Town desde Minneapolis y acababa de aterrizar, a las 10:30 de la mañana, preguntándome cómo demonios era posible que un avión llegara a su destino con cuarenta minutos de antelación.

Quiero decir, los vuelos solían retrasarse a menudo, ¿pero quién iba a imaginar que también pudieran llegar tan pronto?

Como era de esperar, cuando me dirigí a la salida junto con los demás pasajeros, ninguno de los carteles que sostenían con ambas manos las personas que esperaban tenía las palabras "Unique Meyers". Del taxista encargado de llevarme al resort, ni rastro.

Tuve que arrastrar yo sola mis dos voluminosas maletas, cargando además con el peso de la bandolera y la pulsera en espiral que me apretaba el bíceps, clavándose en el músculo contraído por un esfuerzo tan inusual para mí. Llevaba un vestido color crema con estampado *bohémien*, ceñido a la cintura con un cinturón de cuero, y ya empezaba —Dios no lo quiera— a sudar. Me habría quitado al menos el Panamá Montecristi que llevaba en la cabeza, si no hubiera tenido las dos manos ocupadas.

Me detuve en medio de la terminal y miré el reloj, sin saber qué hacer. Me había levantado a las tres de la mañana solo para complacer a mi madre,

que había insistido en que me uniera a ella y a mi padre en el resort de cinco estrellas en la isla de Gran Caimán, donde estaban pasando sus vacaciones.

Estaba cansada, acalorada, y lo único que deseaba era volver a casa, a mis herramientas de dibujo y a mis joyas. La primera exposición de mis creaciones era ya inminente, ¿y yo qué hacía? Dejaba los preparativos en suspenso para irme de vacaciones. Unas vacaciones que, ya lo sabía, iban a ser tan banales y aburridas como estériles. Vamos, una auténtica pérdida de tiempo. Y eso sin contar con que iba a perderme una fiesta exclusiva a la que me habían invitado, de esas a las que solo acceden unos pocos elegidos y que apenas se celebran un par de veces al año. ¿Y todo para qué? Pues para darle gusto a ella. A mi madre. Como siempre...

Necesitaba un buen café, bien cargado.

El cartel de Starbucks apareció ante mis ojos como invocado por una fuerza superior, despertando en mí la urgente necesidad de un Caramel Macchiato grande con doble café, que me calmara los nervios y, a la vez, me espabilara.

Mientras esperaba a mi conductor, me pareció la mejor idea posible. Así que, con todo el equipaje a cuestas, me acerqué al mostrador, pedí el Caramel Macchiato y empecé a buscar un sitio donde tomármelo. Por supuesto, las tres mesas que tenía la cafetería estaban ocupadas. Porque, cuando el día empieza torcido, no hay quien lo enderece.

Resoplé mientras giraba sobre mí misma y le eché el ojo a un banco solitario, colocado a modo de adorno junto a un arbolito. Un flujo constante de gente se arremolinaba a su alrededor, como si se tratara de un oasis en medio del desierto.

Tenía que ser mío antes de que alguien me lo quitara. Me di vuelta de inmediato para agarrar la maleta más pesada con la mano izquierda. Con la derecha, al mismo tiempo que sujetaba el Caramel Macchiato, cogí la otra, procurando no estrujar el vaso. Manteniendo el hombro en alto para que no se me resbalara el bolso, me dirigí a toda prisa, con el equilibrio precario de un funambulista, hacia el banco.

Fue entonces cuando me embistió un tornado de categoría cinco. Al girarme hacia la derecha, apenas tuve tiempo de distinguir una silueta alta, chispeante de energía, antes de estrellarme contra ella.

Levanté la mano para protegerme, pero ya era demasiado tarde. El impacto me hizo perder el equilibrio, el café hirviendo se derramó sobre mi estómago, mientras tropezaba con mi propia falda y me golpeaba la

espinilla contra la maleta. Grité, sintiendo que caía al suelo con todas mis cosas.

Fue un instante que pareció durar una eternidad. Un caos absoluto, en el que distinguí el tintineo de mis numerosas pulseras junto a una impetuosa voz masculina.

—¡Mierda! —maldijo, demasiado cerca de mi oído.

Me sujetó con fuerza del bíceps, justo por encima del brazalete, y sentí un tirón que se oponía a la gravedad. Por una fracción de segundo, me ilusioné con la idea de ser rescatada. Al menos, esa parecía ser la intención del hombre, que sin embargo, víctima de su propio ímpetu, acabó cayendo al suelo conmigo.

Mi sombrero salió volando, liberando mi melena; me golpeé el trasero y la espalda, y sentí un peso enorme aplastarme la pierna, debajo de la rodilla. Cerré los ojos con fuerza, soltando un quejido ahogado por el dolor que me dejó sin aliento.

—Joder, perdona —dijo aquel individuo que estaba encima de mí. Cuando por fin conseguí respirar hondo, me di cuenta de que olía a las olas del mar. Además de tener su misma impetuosidad—. ¿Estás bien?

—¡No! —me quejé, alzando los párpados para mirar al idiota que se atrevía a hacerme una pregunta tan estúpida después de haberme tirado al suelo.

Él clavó la mirada en el azul de mis ojos como si le sorprendiera, mientras me observaba aún a gatas. Pero la más sorprendida era yo, al encontrarme con sus iris, en particular el derecho, atravesado por tres vetas marrón cobrizo, tres destellos irregulares sobre un fondo azul cristalino, exactamente del mismo tono que el mío.

—¿Chicos, necesitáis ayuda? —se ofreció un buen samaritano que pasaba por allí, inclinándose para tendernos una mano.

—No, gracias, todo bien —zanjó el chico, quitando por fin la rodilla de mi pierna.

—Bien, entonces me piro, antes de perder el vuelo. —Y salió pitando, sin esperar a que se lo repitieran.

—¡Todo bien, un cuerno! —gruñí entre dientes—. ¡Me he quemado, joder! Y quítate de mi pierna...

—Lo estoy intentando. —Después de verme mejor, mi “atropellador”, un joven de unos treinta años, parecía más divertido que apenado por el

accidente. Se quitó de encima la maleta que nos aprisionaba las piernas, se levantó y me tendió la mano, pero yo la rechacé de inmediato.

—¿Dónde demonios miras cuando caminas? —Me enderecé, pellizcando la tela del vestido empapado en leche y café para separarlo de la piel.

—Te he pedido perdón, me parece. —Se inclinó para recoger mi sombrero, sin apartar esa mirada tan inusual de mí—. Y ya es bastante, teniendo en cuenta que habría que ver quién ha atropellado a quién. Fuiste tú quien me cortó el paso.

—¿Estás de broma? —grité, hecha una furia.

—Eh, procura mantener la calma. —Señaló con un dedo severo a un adolescente que nos estaba grabando con el móvil—. Y tú, ¡basta ya, hombre! ¡Circula! —lo reprendió—. ¡No hay nada que ver aquí! —añadió, mirando a los curiosos que se habían parado a observar, consiguiendo que se dispersaran rápidamente. Después, al verme todavía con problemas para incorporarme, al segundo intento de levantarme, me agarró de la muñeca justo antes de que volviera a caer de culo, y me levantó de un tirón.

—Qué incivilizado —farfullé—. Atropella a la gente y todavía pretende que me calme.

—No hay de qué —respondió con tono cortante, demorando en soltar mi muñeca.

De pie ante él, la sensación de estar cerca de un tornado no me abandonaba, uno de esos tipos cargados de energía que arrollan a todo el que se les pone por delante... y no solo con su vitalidad, al parecer. Aún un poco aturdida, me perdí un momento observándolo.

Su cabello, bastante largo, era un mar de mechones rebeldes y puntas decoloradas por el sol. La barba pedía a gritos ser recortada antes de perder por completo las trazas de un diseño regular que aún se intuía bajo el crecimiento reciente. Una nariz larga con una ligera protuberancia era el detalle más inquietante en un rostro que, aunque no podía considerarse bello en sentido estricto, era indudablemente interesante.

Tuve que corregirme: el detalle más inquietante era otro. Sus ojos... definitivamente eran una historia aparte, que solo podían explicarse por una anomalía genética. Y me miraban con atención, bajando a lo largo de mi vestido.

La tela color crema estaba empapada por una enorme mancha marrón que recordaba cosas realmente desagradables, pero al menos ya no quemaba.

—Mira qué desastre... —Además de haberme puesto de ese color, olía como un café con leche recién hecho.

—Es solo un vestido —dijo él restándole importancia.

—¿*Solo* un vestido?

—Lo importante es que no te has hecho daño, ¿no?

—*¿Que no me he hecho daño?* —Pues sí, me había hecho bastante daño, en realidad.

—¿Hay eco aquí dentro? —preguntó, mirando a su alrededor con aire burlón y luciendo una sonrisa pícara que dejaba ver una hilera de dientes blanquísimos. Puede que su ropa dejara bastante que desear y que su nariz pidiera a gritos un retoque, pero desde luego, no se había saltado ni una cita con el dentista.

Fruncí el labio superior en una mueca.

—Perdona, es que mis oídos no soportan tanta tontería de golpe. —Vi el bolso caído en el suelo y me incliné para volver a meterlo todo dentro.

Él se agachó conmigo para ayudarme.

—Pero tu lengua no tiene problemas en soltarlas. —Me pasó el pintalabios.

Lo metí en el bolso y le arrebaté también el sombrero de las manos.

—Mi lengua sabe ser muy educada, tanto que, te diré: si has perdido tu vuelo, no será precisamente una tragedia para mí.

—Siento decepcionarte, pero no he perdido ningún vuelo. Solo iba corriendo al trabajo después de haber dejado a un amigo. —Miró su reloj, frunció el ceño y añadió—: A estas alturas ya se habrán dado cuenta de que llego tarde otra vez. —Suspiró y se puso de pie.

—Pues venga, corre, lárgate ya. —Agité el sombrero, llena de irritación mientras lo miraba de arriba a abajo.

Vaya cuerpo... Me quedé observándolo, descolocada por una extraña sensación en el bajo vientre. Con esos músculos y la fuerza con la que me empujó, fue una suerte no haber salido de allí con algún hueso roto.

—Ya está, el daño está hecho.

—Oye, aclaremos una cosa: no soy de los que salen corriendo. Mira, vamos a hacer lo siguiente: te pago el vestido, te compras uno igual y me haces el favor de quitarte ese morro que te estropea tus hermosos ojazos. —Rebuscó en el bolsillo de los vaqueros rotos y sacó una cartera.

Extendí la mano, lista para recibir los billetes.

—Son seiscientos cincuenta dólares.

Él solo alzó la mirada, con la cabeza aún inclinada sobre el interior de su cartera escuálida, donde apenas parecía haber un par de billetes de cincuenta. Me observó desde debajo de sus largas pestañas, intentando averiguar si me estaba burlando de él.

—Es un vestido de modista, hecho a medida para mí —expliqué—. No puedo conseguir otro con solo chasquear los dedos. Entre la tela y la mano de obra, te aseguro que me he quedado corta con la cifra.

Imaginé que no entendía mucho de ropa cara, viendo su camisa descolorida, abierta hasta la cintura, y los collares que colgaban de su cuello: cordones negros, piezas de plata envejecida, dientes de tiburón y cuentas de madera oscura. Claramente era un animal de playa; llevaba el sol en el cabello, el mar en los ojos y la arena dorada sobre la piel. Aparte de que dudaba que pudiera permitirse ropa de sastre, alguien como él, sinceramente, ni siquiera la necesitaba.

Casi me relamí los labios al imaginar cómo luciría desnudo; probablemente, aún mejor. Lo cual era extraño, considerando la cantidad de chicos mucho más atractivos que había conocido en mi vida. Chicos elegantes, con una energía más contenida y sofisticada.

Como era de esperar, al oír la cifra, cerró la cartera.

—Vale, quítatelo. Te lo lavo.

Se me escapó una sonrisa forzada.

—Anda, qué gracioso.

—El baño está allí. —Se subió las mangas de la camisa, que ya estaban casi completamente enrolladas, hasta los codos, dejando ver unos bíceps bien definidos que invitaban a palpar su dureza—. Tienes dos maletas llenas de ropa, seguro que llevas algo más que ponerte. Pero date prisa, que tengo que irme a trabajar. —¡Dios mío, no estaba bromeando!—. Déjame tu número, te llamo mañana, te devuelvo el vestido como nuevo y nos tomamos un café.

La intensidad de su mirada no dejaba lugar a dudas: lo que realmente quería era tomarse ese café conmigo.

—Sí, claro, venga. Primero, dudo mucho que puedas hacer algo por un vestido así. Y segundo: ni de coña te doy mi número.

En ese momento, me asaltó la duda de si me había atropellado a propósito solo para ligar. No era una chica vanidosa, pero era consciente de que, a mis veinticuatro años, tenía un aspecto bastante agradable. En mi rostro, de forma ovalada y delicada, destacaban unos labios con un arco de

Cupido bien definido. Mis ojos, del mismo azul que los de él, y mi cabello, también con reflejos rubios, caía en una espesa cascada de ondas perfectas, largo hasta la mitad de mis hombros y brillante, no quemado por el sol como el suyo. Aunque mi figura era delgada y se perdía en el vestido amplio, no pasaba desapercibido que tenía una talla 85C de pecho y que mi trasero podía lucir un tanga con orgullo.

—Lo sabía: eres de esas.

—¿*Esas*, qué?

—¿Qué crees? Las niñas de papi. Esas que huelen a dinero a kilómetros y, para más, se creen superiores: las estiraditas. —Se llevó un dedo a la nariz y la alzó con afectación, como enfatizando lo que decía—. Lo malo es que sois unas prejuiciosas, lo bueno es que sois, no sé cómo, la mayoría muy guapas, y estáis deseando...

—¡Para ya, ni una palabra más!

—... Diversión. —Se rió con arrogancia y un brillo letal en sus atípicos ojos. Ambos sabíamos que estaba a punto de decir otra palabra, pero el sentido seguía siendo el mismo.

—Magnífico: primero me tiras al suelo y luego me insultas. Eres justo lo contrario de la *"diversión"* que busco. —De mal en peor. Me estaba entrando una rabia visceral, unida a unas ganas enormes de darle una bofetada—. Quizá no seamos nosotras, las chicas, las que tenemos prejuicios. Quizá lo que pasa es que lo tuyo es tan burdo que salta a la vista. ¿Lo has pensado alguna vez? Porque es esa la peste que huelo: el tufillo de lo primitivo. Y estoy bastante segura de que es mucho más molesto que el olor a billetes que, según tú, llevo encima.

Él negó con la cabeza y alzó la vista al techo, empezando a darse cuenta de que estaba tratando con una chica bastante más combativa de lo que había imaginado. Me volvió a mirar, esta vez con los dientes apretados, cada vez menos divertido.

—Solo para entenderlo, ya que estoy perdiendo el tiempo y el poco dinero que a nosotros, los brutos pobres, nos hace falta para sobrevivir como buenamente podemos: ¿qué es lo que quieres de mí, *estiradita*? —Me soltó ese término con intención, subrayándolo a propósito para menospreciarme y rebajarme a su nivel—. Aparte del dinero que, como hemos comprobado, no tengo, ¿hay algo más que pueda hacer para alegrarte las vacaciones? —Ahora iba en serio, incluso su tono se había vuelto más

grave—. Piénsalo bien, es una oferta amplia y generosa, y lo hago solo porque soy más caballero de lo que crees.

—Lo mejor que puedes hacer por mí es largarte de una vez —repliqué, con el bolso en una mano, el sombrero en la otra y las maletas a mis pies.

Él levantó las manos y dio un paso atrás. Giró una de ellas, dobló cuatro dedos y me enseñó el dedo corazón bien extendido, haciéndolo girar mientras, básicamente, me mandaba a la mierda.

—Me habría gustado poder decir que ha sido un placer, pero no me has dado la oportunidad.

—¡El placer es mío, ahora, que me libero de tu presencia! —le grité a su silueta, mientras me daba la espalda y se alejaba.

La verdad, no esperaba que se fuera así, sin siquiera darme tiempo a... ¿a qué? A desahogarme con él por cualquier cosa que estuviera saliéndome mal en la vida.

Absorta en él y en ese intercambio hostil, hasta había olvidado dónde estaba y qué estaba haciendo. Al quedarme sola en medio de tanta gente, me sentí de nuevo abandonada a mi suerte y mucho peor que cuando llegué. Tragándome el nudo de todas las emociones negativas que estaba sintiendo, me esforcé por ser racional, dejando de lado el orgullo.

—¡Espera!

Él no se giró, pero aminoró el paso. No podía echar a correr tras él y abandonar todo mi equipaje.

—¡Por favor, espera!

Casi lo perdí de vista, engullido por el paso de una familia numerosa y escandalosa.

—¡Acepto la oferta! ¡Por favor!

Una vez que pasaron, vi que se había detenido. Y también vi que, dentro de esos vaqueros desgastados, había un culo nada despreciable, bajo el trapecio de unos hombros anchos, sostenido por la recta columna de su espalda.

Esperó un instante, durante el cual imaginé que estaría esbozando una sonrisita burlona, antes de girarse y volver hacia mí con zancadas decididas.

—¿Y bien? —dijo, sabiendo que había ganado el primer asalto.

—Hay una cosa que espero que puedas hacer por mí. No hace falta dinero, solo... tú. —Me colgué el bolso al hombro y le tendí la mano—. ¿Puedes darme tu teléfono?

Él sonrió de lado.

—¿Qué te hace pensar que sigo dispuesto?

—Si eres un caballero, como dices, no puedes echarte atrás después de haberte ofrecido, independientemente de lo que pienses de mí.

—Siempre tienes que tener la última palabra, ¿eh? —Sacó el teléfono y me lo entregó, desbloqueándolo—. Puedo hacer muchas cosas *por ti.* —Esperó a que le dejara mi número, emprendiendo un viaje hacia un destino equivocado.

Metí el teléfono en mi bolso.

—Esto me lo quedo como garantía de que no vas a largarte con mi equipaje mientras estoy en el baño. Necesito que vigiles mis cosas: voy a intentar arreglar el lío en el que me has metido. Eso es lo que puedes hacer por mí.

—Qué estiradita más astuta —soltó, entre disgustado y admirado.

—¿Coges tú las maletas? —No fue una pregunta, sino una orden. Apreté los labios al tiempo que me giraba hacia el baño, reprimiendo la sonrisa que volvía a poner el marcador en empate, uno a uno.

Como un buen chico, recogió ambas maletas, sacó las asas y me siguió.

—Por ahí no, que acabaremos pasando la noche aquí —me advirtió—. Conozco bien el aeropuerto. Ve todo recto hasta el fondo y gira a la derecha; por allí casi nunca hay nadie.

Cambié de rumbo, apartándome poco a poco para que se pusiera a mi altura, pero seguía caminando detrás de mí, haciéndome sentir vigilada, como si me espiara a traición. Él me seguía con la mirada desde atrás, y la gente con la que nos cruzábamos no paraba de mirar el desastre que llevaba delante, y mi incomodidad no hacía más que aumentar.

Aceleré, casi empezando a correr. Esperaba oír su respiración agitada, pero él pareció mantener el paso sin esfuerzo alguno.

—Quédate aquí —le ordené como a un sabueso fiel, dejándolo en la puerta del baño de mujeres.

—Pero date prisa.

—¿Ah, ahora eres tú el que no puede esperar para librarse de mí?

—¿Tengo que ser sincero? —Enderezó las maletas y las hizo chocar entre sí, dejándolas caer justo frente a él—. Ni te imaginas cuánto. —Estaba realmente harto.

—Por fin estamos de acuerdo en algo —respondí mientras entraba al baño.

Estaba vacío, tal como él había predicho.

Lo primero que hice fue vaciar la vejiga, y para ello me tomé todo el tiempo del mundo, sin prisas. Luego me observé en el espejo de la pared, frente a los tres lavabos encastrados en una encimera de mármol.

Entró una chica y, al ver la mancha, soltó un quejido de dolor empático.

—Sí, ya ves —comenté, devolviéndole la mirada a través del espejo, mientras ella entraba en uno de los cubículos.

No había mucho en ese baño que pudiera servirme de ayuda. Saqué un puñado de papel del dispensador, lo mojé bajo el grifo y empecé a frotar la mancha. El resultado fue aún peor: solo conseguí extenderla, llevándola hacia los laterales y el escote en V del pecho.

Justo en ese momento, la chica salió del baño y vino a lavarse las manos junto a mí.

—Me gustaría ayudarte, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. —Fue realmente amable.

—¿Puedes darle un giro a mi día? Porque ha empezado fatal —le sonreí con tristeza.

—Yo no puedo —respondió, mientras se sacudía el agua de las manos y se las secaba—. Pero si ese tipo que está fuera te espera, creo que solo tienes que salir de aquí para que la cosa mejore.

Abrió de par en par la puerta vaivén antes de que pudiera responder. Al encontrarse frente al objeto de sus últimas palabras, se aclaró la garganta y bajó la mirada, visiblemente avergonzada. Después de que pasó, la puerta quedó bloqueada por el brazo de mi atropellador-botones.

—¿Ya has terminado? —Estaba impaciente.

—No... Cada vez es peor —gimoteé. Cuanto más presionaba, más se deshacían los pañuelos, dejando restos marrones por todas partes.

—Madre mía, solo falta que te pongas a llorar por un puto vestido.

No era por el vestido por lo que estaba a punto de echarme a llorar, sino porque todo estaba saliendo mal. No quería estar allí. Quería estar en Minneapolis, con un vestido limpio y la capacidad de decirle “no” a mi madre como se lo decía a cualquiera, sin que la culpa me devorase.

Puse morritos y evité siquiera mirarle.

—¿Qué sabrás tú? —mascullé entre dientes, frotando la tela con rabia.

—Sé que así no vas a lograr nada. —Entró al baño arrastrando mis maletas—. ¿Es que puedes ser más torpe?

—Pero, ¿qué haces? ¡Es el baño de mujeres!

—Por tu cara, más bien parece el de niñas pequeñas.

No perdía ocasión para ofenderme con un descaro que no había visto jamás en un ser humano. ¿Cómo podía tratarme con tanta falta de respeto si ni siquiera conocerme?

Por suerte, mi mundo no era así, sino todo lo contrario. No podía más que dar gracias al cielo por haber nacido en una familia culta y con un patrimonio considerable.

—Si no usas agua, olvídate de que se quite —seguía regañándome, cuando lo único que necesitaba era comprensión y que me echaran una mano.

—¿Y cómo se supone que lo haga si llevo el vestido puesto, Einstein? —solté, dando un pisotón en el suelo, frustrada.

—Déjame intentarlo —dijo mientras se acercaba, quedando ligeramente detrás de mí. Mi primer impulso fue apartarme, pero lo único que conseguí fue pegarme a él, atrapada entre su cuerpo y el lavabo.

De nuevo, una ráfaga de aire marino me alcanzó. Sentí un escalofrío en la nuca y los poros de mi piel se erizaron debido a esa proximidad repentina e inesperada. Me quedé paralizada, como una tonta, dejando que sus manos se posaran sobre mi cintura y empujaran el vestido hacia adelante con una delicadeza sorprendente.

Su puño se cerró sobre mi estómago, atrapando en él la tela manchada, y aun así, lo sentí dentro, apretándome las entrañas.

Me apoyé en el lavabo con las manos. Mis pulseras tintinearon al caer sobre mis muñecas.

—¿Qué haces? —pregunté entre jadeos.

—¿Alguna vez has lavado una camiseta? —preguntó, mientras con la otra mano, me desabrochaba el cinturón para que no estorbara, dejándolo sobre el estante.

Sentí cómo mis caderas se liberaban, cómo la tela era absorbida, y mi vientre se encogía.

—¿Crees que no sé lavar una camiseta? —objeté en un susurro, con un hilo de voz.

—¿Alguna vez lo has hecho? ¿Sí o no?

—No —confesé con altivez, temiendo su burla.

—Tienes que echarte un poco más hacia delante. Inclínate, por favor. —Abrió el grifo y tiró más de la tela, obligándome a inclinarme hacia el chorro de agua, junto con él.

El dobladillo de mi vestido, al estirarlo así, me subía por los muslos; el mármol frío presionaba mi bajo vientre, y su pelvis, caliente, se apoyaba en mi nalga izquierda. Tenía que decirle que estaba yendo demasiado lejos, que aquella libertad que se estaba tomando no venía a cuento. Y, en lugar de eso, me dije a mí misma una mentira.

Solo un momento más... solo por el vestido.

—¿Has visto que agua sucia sale? —dijo, estrujando el fino algodón bajo el chorro.

—Nunca va a quedar limpio —respondí sin mirarle, manteniendo la cabeza erguida para evitar que mi largo cabello se mojara y porque lo que estaba observando era nuestro reflejo en el espejo. Una imagen que estaba haciendo que mis pómulos altos se encendieran como una granada. Parecía que estábamos teniendo sexo, cualquiera podría haberlo pensado al entrar en el baño. E incluso mi mente no podía evitar confundir la imagen que estaba contemplando con algo muy obsceno.

De hecho, poco le faltaba. Si no dejaba de tirar y retorcer, iba a dejarme con el culo al aire. Peor aún, me dejaría sin vestido.

—Vas a acabar rompiéndomelo —refunfuñé, zarandeada y atrapada entre sus brazos tensos, que trabajaban a conciencia alrededor de mis costillas.

—Estoy faltando al trabajo por ayudarte, aunque no te conozco de nada. Deberías agradecerme en lugar de quejarte, apestosita —murmuró, pegándose aún más a mí.

—Yo no huelo mal —objeté en voz baja. Para entonces, nuestras palabras ya habían bajado el tono, incluso en plena discusión—. Huelo a flores de jazmín.

Él aspiró profundamente junto a mi cabello.

—Y a flores de azahar. —Levantó la mirada hacia el espejo para encontrarse con la mía—. Se siente.

Entrecerré los ojos. Mi cabeza se inclinó ligeramente hacia su lado. Al moverme, un par de mechones rebeldes se engancharon en la barba corta de su mandíbula. Inhalé.

Tú, en cambio, hueles a mar, a sol y a arrogancia.

Tomé aire para decírselo, pero finalmente me quedé callada, con la boca entreabierta.

Él retiró un brazo, y con los dedos mojados me rozó el hombro, deslizándolos hasta mi adorno.

—Bonito brazalete. —Las gotitas frías que dejó al tocarme hicieron que se me erizara el vello, resbalando desde la hoja de latón por las espirales que subían por mi bíceps.

—Es una creación mía. Diseño joyas, y algunas incluso las fabrico yo misma —solté, un poco de carrerilla por los nervios y también porque mi línea de joyas era el único motivo de orgullo que tenía. Nadie solía interesarse por ellas, así que, en cuanto alguien la mencionaba, yo acababa soltando demasiada información al primer desconocido de turno.

—Interesante...

No, no le importaba lo más mínimo. Lo noté por la forma en que estudiaba la gota en mi hombro, mucho más atraído por ella que por mi pulsera, casi como si quisiera alcanzarla con su boca.

El agua del grifo seguía corriendo, y el puño que sujetaba mi vestido permanecía firme, inmóvil.

Y sentí miedo. Un miedo nuevo, desconocido, que no tenía ningún sentido.

—¿Has acabado ya? —imploré, retirando los dedos del mármol en el que estaba apoyada.

El suspiro que soltó por la nariz me hizo cosquillas en la piel.

—¿Tú qué opinas? ¿He terminado?

Se apartó lo justo para que pudiera enderezarme. Luego abrió el puño, dejando que la tela empapada cayera sobre mí.

Me estremecí por el impacto helado y, al no tener espacio para moverme, choqué de espaldas contra su pecho.

—¿Fresquita? —se rio.

Por poco no lo hice yo también.

Mojé una mano bajo el chorro y se la lancé por encima del hombro, directo a su cara.

—Te diviertes con poco.

Observé el resultado: el vestido casi había recuperado su color crema original, gran parte del *latte macchiato* había desaparecido. Había hecho un trabajo mejor que el mío... y mucho más invasivo. La tela, ahora mojada y pegada a mi piel, se había vuelto casi transparente, dejando entrever el borde de las bragas y el sujetador.

—Encanje blanco —susurró al descubrir el detalle de la prenda.

Un profundo suspiro hizo que mi pecho subiera y bajara.

—No sé si agradecerte o maldecirte. Pero me inclino más por la segunda.

—Intenta absorber un poco el agua con estas —Cogió un puñado de servilletas del dispensador a mi derecha y me las presionó contra el estómago. Yo también cogí un par, acercando mis manos a las suyas. Nuestros dedos se rozaron.

No estaba presionando tan fuerte, pero algo sí, y yo sentía un leve dolor en la zona. Tal vez por el contraste entre el frío y el calor, o porque tenía el estómago vacío. O quizá porque permitir que alguien, un desconocido, me cuidase, aunque solo fuera un poco, provocaba ese efecto.

Su móvil empezó a sonar dentro de mi bolso. Estiré el brazo para cogerlo, pero él me sujetó por la muñeca, volviendo a colocar mi palma sobre el mármol. Un gesto que iba más allá de la confianza que podía haber entre dos desconocidos.

—¿No vas a contestar? —pregunté, observando cómo sus dedos largos y bronceados rodeaban mi delgada articulación.

—Es el trabajo. Un minuto más o un minuto menos, no hace la diferencia allí... pero puede hacer la diferencia *aquí*. —Se acercó más, multiplicando los puntos de contacto entre nosotros. En sus ojos, reflejados en el espejo, no había incertidumbre, ni inseguridad, ni titubeo—. Y sí, me gusta divertirme... pero no con poco.

Él era de los que iban hasta el final, sin mirar atrás; eso me decían sus palabras, su actitud y su mirada.

Pero yo no, no era así.

No...

Salté para esquivarlo. Él se quedó inmóvil detrás de mí, bloqueándome el paso, su pelvis me mantuvo contra el lavabo y las servilletas cayeron dentro. Se agarró con ambas manos al borde de la encimera, atrapándome entre sus brazos.

—Vale, apártate ahora mismo y quítame las manos de encima —grazné, con la voz quebrada. El teléfono chillaba como una sirena de alarma y el miedo amplificaba el *tum-tum-tum* acelerado de mi corazón.

—Mis manos están en el lavabo —me hizo notar—. No te tocaré hasta que te calmes.

—Tú no me tocas y punto. —Di otro tirón, que él contuvo sin esfuerzo —. ¿Por quién me has tomado?

—Tranquila, no te necesito para divertirme: eres demasiado presumida para mi gusto. Solo quiero que me des las gracias y luego puedes irte.

—¿Qué tal si, en vez de eso, me pongo a gritarle al maniático?

—Pobre estiradita indefensa: un bruto pretende que baje de su pedestal para dar las gracias —continuó con desdén—. De verdad un horrible maniático de los buenos modales.

Antes muerta que darle las gracias. Tenía un aspecto delicado, pero no era tan indefensa: sabía plantar cara si era necesario.

—¿Qué buenos modales? No sabes absolutamente nada sobre modales. ¿Crees que soy tonta o qué? Hablas de buenos modales frotándote en mi trasero. Palurdo y grosero.

—No soy yo que me froto, eres tú la que no hace más que menearte restregando el culo contra mi polla.

—¿Cómo te atreves? —Conseguí girarme y quedar frente a él. Sin el espejo de por medio, sus ojos resultaban aún más vivos y desarmantes, clavados en los míos.

—Suéltame —siseé, con la respiración atrapada en la garganta, intentando mantenerme lo más lejos posible de su pecho—. Desaparece, o juro que me pongo a gritar y no te saldrá gratis.

Él se lo pensó durante un largo rato, en el que me vinieron a la cabeza todo tipo de escenarios aterradores, cosas que me revolvían la sangre.

Estábamos en una encrucijada, y él lo entendió.

Estuvo tentado, pero luego asintió con un chasquido de lengua contra la muela, eligiendo la vía más indolora para los dos.

—Te suelto, porque me das pena.

Levantó las manos y dio un paso atrás.

—*Adiós*, estiradita. Que pases unas buenas vacaciones, entre mierdas como tú. —Siguió retrocediendo hasta salir por la puerta.

Mi espalda chocó contra la pared. Me apoyé en ella, intentando recuperar el aliento, con las manos algo temblorosas apretadas contra el vientre. Me repetí que, fuera lo que fuera aquello que acababa de pasar, ya se había acabado.

Ni siquiera había logrado relajar los hombros cuando la puerta volvió a abrirse de golpe. Él entró de nuevo, como una ráfaga. Me levanté de un salto, pero me ignoró por completo. Fue directo a mi bolso, metió la mano y sacó el teléfono.

Lo agitó en el aire.

—Digamos que la primera estuvo bien, pero esto lo necesito.

Y se fue, esta vez definitivamente.

Treinta segundos después, todos transcurridos intentando recuperar el control de mis nervios, entró una señora de mediana edad. Lo que me recordó, de nuevo, dónde estaba y qué estaba haciendo.

A esas alturas, mi chófer probablemente ya habría llegado.

Recogí de nuevo todo mi equipaje y me puse en marcha hacia la terminal. *Después de todo* —pensé, con una miserable chispa de esperanza —, *estas vacaciones solo pueden mejorar.*

Capítulo 2

Ohanko, el taxista caimanés encargado de llevarme al resort, me habló del Caribbean Bay Cove como de un paraíso en la tierra. Estaba acostumbrada a estándares bastante altos, pero cuando tomó el camino privado y me dejó delante del vestíbulo del edificio principal, empecé a creer que tenía razón.

La grava blanca y la vegetación tropical parecían de plástico, de lo bien cuidadas que estaban. En el interior, los salones de estilo étnico se integraban perfectamente en un ambiente minimalista de alta gama, con un predominio de ventanales con cristales pulidos como espejos. El tallo de orquídeas frescas en cada mesa dejaba claro, por si no era ya bastante explícito, el alto nivel del servicio.

Sí, las cosas definitivamente estaban mejorando. Al punto de hacerme casi apreciar la idea de unas vacaciones.

Dos botones me escoltaron hasta la recepción y se encargaron de mi equipaje mientras yo saboreaba el cóctel de bienvenida.

La recepcionista me detalló los servicios que ofrecía el resort y me indicó cómo llegar a la cabaña de mis padres. Según dijo, era uno de los apartamentos de tres habitaciones más amplios y, además, el más cercano a la playa.

Cuando estaba a punto de tomar el sendero que me habían indicado, vi llegar a mis padres vestidos de punta en blanco; mi padre con un traje gris y mi madre con pantalones oscuros que estilizaban su figura —que no era precisamente menuda—. Caminaban a paso firme, seguidos por un mozo con un carrito cargado de maletas.

—Mamá... —exclamé, sorprendida.

—Cariño, qué alegría que ya estés aquí —dijo mientras venía a abrazarme—. Pero... ¿qué le ha pasado a tu vestido?

—Déjalo, es una larga historia... —Me acerqué a mi padre—. Papá, ¿a dónde vais?

Él se dejó besar en la mejilla.

—Ernest ha sufrido un infarto esta noche. Dicen que está grave.

—Oh, no, lo siento mucho... —No conocía demasiado bien a su socio en Meyers Quality Investments, pero sabía que eran amigos de la infancia, así que era comprensible que quisiera salir corriendo a verle.

—Le he dicho a tu madre que se quede contigo, pero no quiere ni oír hablar del tema.

Mi madre era la sombra de mi padre; donde iba él, ahí estaba ella, y más en un momento como este.

—Tomaré el primer vuelo y regresaré también. —Dada la escalada de desgracias que había tenido el día, no me atrevía a imaginar qué más podía suceder a esas alturas.

—No, cariño, al menos tú quédate, disfruta de las vacaciones; esto es precioso —me instó ella—. Yo regresaré tan pronto como pueda, solo lamento que Ernest y su hijo no podrán unirse a nosotros. Me hubiera gustado que os conocierais.

Imaginaba que había gato encerrado.

—Ahora entiendo por qué tenías tanto interés en que viniera: era una emboscada. ¿Cuántas veces tengo que decirte que puedo encontrarme yo sola un novio? A ese chico ya lo conocí cuando tenía quince años, y me pareció un soso.

Mi padre me puso una mano en el hombro, intentando calmarme.

—No te enfades, ya sabes cómo es tu madre: solo quiere lo mejor para ti.

Lástima que casi nunca estuviésemos de acuerdo sobre qué era lo mejor para mí.

—Confía en mí, es perfecto para ti —insistió ella, agitando el bolso colgado del codo—. Y además, ambos habéis crecido desde que teníais

quince años. Podrías darle al menos una oportunidad... cuando Ernest esté mejor. —Negó con la cabeza, frunciendo el ceño—. Pobre Ernest...

Aunque no estaba dispuesta a comentarlo con ella, lo cierto era que había vuelto a ver al objeto de nuestra conversación en una fiesta, y podía asegurar que no había cambiado nada. ¿Cómo explicarles que el hijo del *"pobre Ernest"* tenía el carisma de una almeja. Yo tenía veinticuatro años, no quería atarme a nadie: quería aventuras, quería algo que sacudiera un poco mi vida... Hasta el botones parecía haberlo entendido, a juzgar por la mirada compasiva con la que me observaba.

Pude ahorrarme dar mi opinión, que de todas formas habría caído en saco roto, gracias a una chica con uniforme que se acercó con paso ágil.

—Señores, su taxi ya ha llegado. Les espera en la entrada.

—Tenemos que irnos —replicó mi padre, con una expresión tan triste que me encogió el corazón.

—De acuerdo, entonces me quedo —dije. Darles más preocupaciones en un momento así era lo último que quería—.Vosotros tened buen viaje y no os preocupéis por mí; si no podéis volver, no pasa nada, ya nos veremos cuando regrese. —Lo abracé—. Mucha suerte con Ernest, papá, ojalá se recupere pronto.

Mi madre me dio un abrazo fuerte.

—Siento muchísimo tener que dejarte sola, aunque este sitio sea una maravilla. Diviértete, pero ten cuidado —me recomendó—. Lo mejor es que te quedes en el resort, aquí todo está bajo control.

—Tranquila, mamá, sé cuidarme. —Acababa de dar pruebas de ello en el aeropuerto, un incidente del que prefería que mis padres no supieran nada.

Los vi alejarse: ella me saludaba con la mano y él caminaba erguido, tieso como un palo, como si se dispusiera con valentía a encajar una buena bofetada de la vida.

Me quedé sola, así, de un momento a otro, preguntándome si realmente estaba despierta. Quería estar furiosa con el destino, pero me distraje con el canto de los pájaros, el brillo del agua cristalina en la piscina y la suave brisa salina que llenó mis pulmones en un largo suspiro.

Desde las piscinas hasta la zona de descanso, pasando por las canchas de tenis, me di cuenta de que aquel lugar tenía muchas particularidades interesantes. Y había una que destacaba por encima de todas, completamente nueva para mí: la total ausencia de parientes, amigos o conocidos. Lo percibí con claridad mientras me dirigía a mi alojamiento. Al

mirar a ambos lados, libre de moverme a mi antojo, sentí algo extraño: me sentí yo misma como nunca antes.

***

La cabaña estaba inmersa en la vegetación, ligeramente elevada. Desde la terraza de mi habitación, que contaba con una butaca colgante repleta de cojines mullidos, se divisaba la bahía, con sus aguas turquesa y el suave espumar de las olas. Ya me imaginaba tumbada allí, con un libro entre las manos. No es que el interior resultara menos tentador: cada estancia había sido amueblada con gusto para resultar acogedora y elegante a la vez, envuelta en tonalidades arena y crema, y abierta a la brisa marina que circulaba libremente por todos los rincones.

Después de recorrer a fondo el lugar, me di una ducha, seguida de un desayuno en un precioso porche al aire libre. Luego volví a la cabaña donde me tumbé un momento en la cama, todavía un poco descolocada por el encuentro de aquella mañana. Los *"debería haber dicho"*, los *"tendría que haber hecho"*, y los *"si él hubiera"* se apagaron de golpe en un colapso total. Dormí durante horas, vencida por un cansancio que no sabía que arrastraba, y que iba mucho más allá del madrugón de esa mañana.

En compensación, me desperté a las cuatro de la tarde fresca y descansada. Lo sentía por el pobre Ernest, pero empezaba a pensar que la vida, actuando de maneras misteriosas, me estaba dando lo que no sabía que necesitaba.

Lo primero, una playa. Luego pensaría también en cómo divertirme aprovechando al máximo mis vacaciones no deseadas.

Me puse el bikini blanco debajo de un pareo, las gafas, el sombrero, mis imprescindibles joyas, y bajé.

La playa estaba poco concurrida; aquella tarde, el mar agitado había hecho que los huéspedes prefirieran la piscina.

Elegí la primera sombrilla de paja que encontré, la última de una fila de veinte, colocadas a una distancia prudente entre sí. Cada una contaba con dos tumbonas de madera con colchones color crema y una mesita al lado.

Arrastré una de las tumbonas hacia el sol, con la intención de absorber bien la vitamina D. Lo hice durante más de media hora, dejando que mi

mente vagara sin rumbo, como una loca, antes de levantarme acalorada, con un mareo provocado por la baja presión.

Todavía algo inestable sobre las piernas, me dirigí directamente hacia el océano para sumergirme y recuperarme.

El agua, ondulada por pequeñas olas, estaba cálida, pero mi cuerpo lo estaba aún más. El impacto al zambullirme bajo la rompiente me quitó el aliento. Me dio igual, y empecé a nadar a braza hacia el inmenso cielo azul.

Huía de mi mente saturada.

La respiración, sin embargo, seguía siendo dificultosa, y la cabeza me pesaba. Una ola me sorprendió justo cuando intentaba alzar la cabeza; acabé debajo, tragando agua. Salí a la superficie tosiendo y, al mirar alrededor, me di cuenta de que me había alejado bastante de la orilla. El viento empujaba mar adentro. Empecé a nadar con todas mis fuerzas para volver. Por desgracia, a la tercera brazada, el músculo de la pantorrilla, forzado al límite, se contrajo. El dolor de un calambre me dejó completamente sin fuerzas.

Otra ola me arrastró y me sumergió. Grité bajo el agua; estaba en pánico, paralizada por el miedo y el dolor en la pierna. Pataleé con la otra, logrando sacar la cabeza y un brazo el tiempo suficiente para gritar:

—¡Ayud...!

Aquel baño, que había empezado mal, igual que mi día, estaba a punto de convertirse en una tragedia. El agua me engulló, los pulmones me ardieron y el aturdimiento presagió la pérdida del conocimiento. Ni siquiera el terror sirvió para mantenerme despierta; en el momento en que mi cuerpo se rindió, aquella angustia se transformó, casi, en una especie de dulce abandono.

Floté en el océano, como transportada por los fuertes brazos de Neptuno. Me sostenía, me hacía sentir segura en su presencia, poderosa como el mar.

Y, por absurdo que parezca, ahogarse se volvió hermoso.

***

Mi cuerpo pesaba toneladas. Era un peso muerto, aplastado contra el suelo por una presión en el pecho.

Había una voz que parecía brotar de lo más profundo de mi inconsciente, pero el zumbido en mis oídos era tan intenso que me impedía entender lo que decía.

Mis sentidos se resistían a despertar. Creía notar la arena bajo mi cuerpo, aunque seguramente no era más que un sueño, mientras mi cuerpo era arrastrado hacia un mar cada vez más abierto.

Un sueño extraño, en el que sentía la nariz tapada. Mi barbilla estaba sostenida en alto con dos dedos por alguien que presionaba su boca contra la mía. Era grande, cálida, y me insuflaba vida.

Neptuno...

Sentí tramos de su piel desnuda, velluda y tensa, contra la mía, lisa y suave. Su volumen me aplastaba la pelvis y sus manos actuaban con seguridad.

—¿Pido ayuda? —preguntó una voz masculina, algo ansiosa, justo al lado.

Un reflujo de agua salada me subió por la garganta. Abrí los ojos y, de repente, todo se volvió muy real.

Me hicieron girar de lado para que pudiera expulsar el agua. Tosí, escupí y volví a toser; los pulmones y la garganta me ardían, pero la sensación de poder respirar de nuevo fue impagable.

—¿Cómo se encuentra, señorita? —preguntó la misma voz de antes, ahora con un tono de alivio.

Estaba agotadísima, no me movería ni en un millón de años. Aspiré una gran bocanada de aire fresco y dejé caer los hombros sobre la arena.

Entonces vi quien estaba encima de mí.

—¿Tú...?! —grité.

Nada de Neptuno. El hombre que estaba a horcajadas sobre mi pelvis no era otro que el villano del aeropuerto. Fue una visión que me dejó sin aliento otra vez por el shock y por el aspecto con que se presentaba. Solo llevaba un bañador negro con el logo del resort y sus collares desordenados sobre el pecho. Una miríada de gotas brillaban sobre un cuerpo que ya había intuido como interesante, pero no tanto. Los abdominales marcados y un tatuaje de un temible tiburón blanco cruzado con una tabla de surf en el costado izquierdo encajaban perfectamente con la definición de “diablo tentador”. Un diablo con el que había intentado hacer las paces en mi mente esa tarde y del que pensaba haberme librado.

—¿Pero qué demonios haces *tú* aquí? —logré soltar entre toses. Y con "aquí" me refería a "encima de mí".

—Está bien —sentenció él, dirigiéndose a la pareja de mediana edad que permanecía de pie junto a nosotros.

—¿Estás segura de que estás bien? ¿Te traigo algo? —La mujer se inclinó hasta entrar en mi campo visual—. ¿Un vaso de agua?

¿Más agua? Por el amor de Dios...

Negué con la cabeza, deseando que aquella desconocida desapareciera de mi vista. No tenía fuerzas para ser amable, no en el estado en que me encontraba.

—Solo se ha llevado un susto. La corriente en ese punto arrastra mar adentro cuando hay oleaje, no es la primera temeraria que saco del agua —dijo mi atropellador, ahora convertido en mi salvador, mientras se llevaba una mano a la cabeza y se echaba hacia atrás el pelo empapado con un gesto digno de *Baywatch*—. Se recuperará pronto, solo necesita un poco de tranquilidad. ¿Podéis darle algo de intimidad, por favor?

Fue bastante directo al despachar a los dos huéspedes curiosos. Y funcionó: ambos se disculparon y se alejaron al instante, algo por lo que no podía estar más agradecida.

Un poco menos agradecida estaba por la situación tan extraña en la que me veía envuelta con ese tipo por segunda vez en el día.

Me ha besado... pensé.

En realidad, me había practicado la respiración boca a boca, pero en mi mente enferma, me había besado. Al fijarme en sus labios húmedos, me froté los míos con el dorso de la mano.

Él deslizó rápidamente la lengua sobre sus propios labios, llevándose consigo gotas de agua de mar.

—¿Nos ponemos exquisitas, estiradita?

Ahora entendía por qué había despachado a los dos señores; no precisamente por mi privacidad, sino para poder insultarme libremente.

—Al final has conseguido ponerme las manos encima —exhalé. Quería que sonara a reproche, pero me salió más bien como una constatación. Era difícil mantener el rencor, considerando que acababa de salvarme la vida.

Su sonrisa traviesa se reflejó en sus ojos inusuales. Uno claro, y uno manchado por tres brechas oscuras, que parecían una advertencia puesta ahí por el creador.

—Bueno, ya sabes... aún no está en mis manos salvar a alguien que se está ahogando solo con la fuerza del pensamiento.

Me incorporé apoyándome en los codos, pero una punzada de migraña me atravesó la cabeza, obligándome a entrecerrar los ojos para resistir.

Él me empujó de nuevo por el hombro, obligándome a recostarme.

—Quédate quieta, ¿qué pretendes hacer?

—Quiero quitarme de la arena.

—Te pondría en la tumbona, pero no querría tener que tocarte *de nuevo*.

Mientras tanto, sin embargo, seguía a horcajadas sobre mí, inmovilizándome contra el suelo.

—Hoy la mala suerte no tiene fin —refunfuñé. De entre todas las personas de la isla, ¿tenía que ser precisamente él el socorrista del resort?

—Así que era aquí donde tenías que correr al trabajo —deduje en voz alta.

—Pero, qué perspicaz —no perdió la oportunidad de burlarse de mí.

—¿Eres el socorrista? —traté de confirmar.

—Responsable de la seguridad balnearia, para ser precisos.

Entonces, socorrista.

Me parecía que todos los empleados del resort eran chicos formales e impecables, y a él no lo veía precisamente como parte del *staff*. Aunque no podía decir que no supiera hacer su trabajo, ya que seguía viva y coleando gracias a la rapidez de su intervención.

—Me dio un calambre, luego... ¿Qué pasó? —Intenté recomponer los fragmentos en blanco, llevándome una mano a la frente—. ¿Cómo me viste? Yo no vi venir a nadie.

—Yo veo todo lo que pasa en la playa. Te estuve observando desde el momento en que pusiste un pie en la arena, con esa naricilla respingona, sin hacer caso a nada ni a nadie. ¿Y qué fue lo primero que hiciste? Tumbarte al sol, y luego levantarte y correr directa al agua. —Me regañó—. Te tambaleabas como una borracha.

—¿Me estabas espiando?

—¡Lo que hay que oír! Estaba trabajando. Tengo los ojos abiertos, vigilo, miro; y ese bañador blanco con la tela metida entre las nalgas se hace mirar bastante. —Se limpió la mano sucia de arena en el muslo—. Con el agua esperaba una transparencia... pero me conformaré con lo duros que se te han puesto los pezones.

Me tapé los pechos enseguida, dándome cuenta de que tenía toda la razón: mis pezones estaban erectos como guijarros. Dios mío, yo aún me

estaba recuperando y él no tenía piedad.

—Es por el frío —dije.

—No me digas, creía que era por mis bonitos ojos. O por mi espléndida nariz.

Pensaba que tenía una cara fea, pero no tenía ni idea de lo que eran sus ojos. Costaba admitirlo, pero eran como una obra de arte incomprendida; el simple hecho de no encajar en ningún canon les daba ese algo especial.

—Tus ojos son tan... peculiares —reflexioné en voz alta.

Él parpadeó y se quedó en silencio, observándome.

Nadie me había mirado así jamás.

Quizá porque yo jamás había mirado a nadie así, como se mira a un animal exótico y primitivo. El extraño miedo que había sentido aquella mañana volvió a recorrerme la espalda con un escalofrío. Me hizo sentir como una presa que acaba de ser derribada, algo que, dada mi posición, estaba muy cerca de la realidad.

Incapaz ya de sostener su mirada, dejé vagar la mía hacia uno de los cordones negros que llevaba al cuello, del que pendía un colgante con la forma de una antigua punta de flecha. Cada vez más incómoda, intenté mover la cadera, pero él no captó mi invitación a levantarse.

—¿Tienes pensado seguir ahí sentado tan a gusto encima de mí mucho rato más? Es solo por saberlo...

—Oh, perdona. ¿Prefieres estar tú encima? No me había dado cuenta... ninguna se ha quejado antes —se jactó y por fin decidió apartarse.

—Se ve que se conforman con poco. —Intenté incorporarme, pero al darme cuenta de que aún estaba muy débil, acepté la mano que me tendía.

—Prueba y verás —replicó, tirando de mí para ponerme de pie—. Cuando quieras, yo estoy aquí, y veremos quién tiene razón.

—En tus sueños. —Al levantarme tan rápido, todo se volvió negro. Me tambaleé sobre mis piernas flojas, entrecerrando los ojos.

—Oye, oye... Despacio... —murmuró.

Me acogió entre sus fuertes brazos, donde encontré apoyo en su pecho. Su aroma a mar se había intensificado al máximo.

Mi frente descansó sobre su hombro.

—Ahora pasa.

Pero no pasaba. Quizá no quería que pasara, quería quedarme a oscuras, no entender nada más y no ser responsable de nada.

Sentí que agitaba una mano en el aire para llamar la atención de alguien.

—¿Justin, te encargas tú de esto durante cinco minutos? —gritó a uno de sus subordinados, un amigo suyo o a quien fuera, ya que ocuparse de mí le impedía vigilar la playa.

Después, mis pies perdieron el contacto con el suelo: me había levantado en brazos. Mi piel llena de arena rozaba la suya, mis manos parecían estorbar, no sabía dónde ponerlas.

—Agárrate a mi cuello.

No tuve más opción que rodearlo con los brazos y los brazaletes que los adornaban.

Aunque no lo hubiera querido, me gustó que me llevara así. Mi ex nunca había hecho algo parecido, decía que era demasiado pesada. Y, sin embargo, apenas pasaba de los cincuenta kilos, y aquel socorrista parecía llevarme sin el menor esfuerzo.

Lástima que él fuera... él. El primitivo.

—¿A dónde vamos? —Piel contra piel, aquel contacto era tan íntimo que no tuve el valor de levantar la cabeza, preferí mantenerla escondida.

En respuesta, su pecho se hinchó con un suspiro que sonaba a exasperación.

—A darnos una ducha fría.

—¿Puedes dejar de hacer que todo parezca algo sexual? Es de depravados — le recriminé, con los labios rozándole la clavícula.

—Eres tú la que se toma todo lo que digo como algo sexual. La ducha fría es para quitarnos la arena de encima y bajar tu tensión. —La frase pareció terminar ahí, antes de que murmurara entre dientes—: ...Y la mía.

—¿Lo ves? —pataleé, al haberlo pillado en falta.

Él me apretó más fuerte.

—Cálmate, estiradita. Ya casi llegamos.

—Deja de llamarme así, paleto. —Los dedos del brazo que me sujetaba la espalda pasaban por debajo de mi axila y rozaban uno de mis pechos, empujando el borde del bikini como si quisieran colarse por debajo. Cada paso provocaba un pequeño roce que me esforzaba con todas mis fuerzas en ignorar. Odio que me llames así.

—Y yo te detesto a ti, fíjate. —Se giró de espaldas para empujar una puerta de vaivén, blanca y de madera. El resorte la hizo cerrarse detrás de nosotros en cuanto entramos en una amplia ducha, con paredes de mosaico de piedras beige y arena, decoradas con detalles dorados. Fue un alivio para los ojos, que ya no sufrían la violencia del sol.

—Si me odias tanto, podrías haberme dejado ahogarme.

—No creas que no lo pensé. Por suerte para ti, me importa demasiado este trabajo.

Me dejó caer al suelo y abrió el chorro de agua fría de la ducha. El rociador era enorme y soltó una lluvia que nos empapó a los dos.

—¡Uf! —Intenté apartarme, pero él me mantuvo ahí, luchando por respirar.

—¡Está helada! —Le pegué en el pecho sin que sirviera de nada. Incapaz de moverlo, mi mano se quedó allí, aferrándose a su hombro, con las uñas clavadas en el músculo.

—No lo suficiente —dijo, con el rostro ensombreciéndose tras el estruendo de miríadas de regueros de agua que nos empapaban a los dos —.Te tiraría al hielo, a ver si así te calmas de una vez.

Cometí el error de mirarlo a los ojos sin ocultar nada de lo que estaba sintiendo. Él me observó por un instante eterno...

—*Dios* —gruñó entre dientes, y luego, con toda la rabia de nuestra discusión, se precipitó sobre mi boca entreabierta.

El empujón hizo que mi espalda se estrellara contra las baldosas de la pared, igualmente heladas. Se pegó a mí, inmovilizándome con cada parte de su cuerpo y, de ese modo, me arrolló como lo había hecho la ola del océano, poniéndome debajo. Me impuso un beso punitivo, invasivo, digno de su naturaleza salvaje.

Ese ímpetu para el que no estaba preparada me hizo sentir atacada, provocando una descarga de adrenalina que me subió a la cabeza. Lo empujé con todas mis fuerzas, fuera del chorro de agua, y le solté una bofetada en la mejilla.

Fue un golpe sonoro y bien dado.

Se detuvo al instante. Surcos de ira se marcaron en su frente y las aletas de su nariz se dilataron. En su rostro y en el puño cerrado podía leerse el deseo de devolverme el golpe... y también la conciencia de que no podía hacerlo, simplemente porque yo era una chica. Parecía querer tocarme de mil maneras indescriptibles, pero no para hacerme daño, sino por algo completamente distinto.

Mi presión arterial, que había estado baja, se estaba disparando y mi corazón latía desbocado. Esa extraña sensación de miedo, que solo podía asociar a él, me hizo sentir un calor abrumador; el frío del agua se deslizaba por fuera sin afectarme por dentro. Estaba ardiendo por su culpa.

Vi que estaba a punto de volver a abrir la boca, y no pude resistirme más: me lancé como una loca desatada. Le eché los brazos al cuello, agarrándole el pelo, y me alcé de puntillas para callar con mis labios cualquier estupidez que estuviera a punto de reprocharme.

Por un instante, él me aferró la cintura, indeciso sobre si rechazarme o no, pero luego el placer y la satisfacción de haberme hecho ceder prevalecieron.

Me envolvió, sus manos recorrieron mi espalda en direcciones opuestas, una hacia arriba y la otra hacia abajo, palpándome una nalga.

Sentí una sensación de blandura en el pecho, la tela del bañador aflojada, mientras su lengua exploraba la mía, introduciéndose entre mis labios con un ardor desmesurado. Y yo, saboreando su gusto a mar, sal y hombre, me di cuenta de que tenía una necesidad enorme de ser besada así, más de lo que jamás había imaginado.

Los lazos de lycra se resbalaron de mi cuello; él separó su pecho del mío para permitir que la parte de arriba del bikini se deslizara hacia abajo, después de haberlo desatado. Me estaba desnudando en una ducha pública.

—No... —Intenté recuperar el sujetador, echando un vistazo a la puerta, pero él lo secuestró en su puño, presionándome contra la pared. La otra mano envolvió mi seno desnudo, lo apretó posesivo, cerrando el pezón entre el índice y el pulgar.

Una punzada de placer me quitó el "no" de la boca, haciéndome soltar solo un gemido. Mi razón iba en una dirección, rechazándolo, y mi cuerpo en otra, ansiándolo. Pues bien, fue este último el que se impuso, induciéndome a perder el tira y afloja con mi bikini, sin luchar más. Abandoné la nuca contra la superficie dura del mosaico, sintiéndome manipulada por una palma ancha y dedos prepotentes.

Hinché el pecho, como queriendo ofrecérselo más. Él tiró el bañador para apoderarse del seno libre y ambas manos me mantuvieron aprisionada de ese modo. Las formas llenas y turgentes de una de las mejores partes de mi cuerpo se dejaron vencer y moldear, pagando el precio de los pellizcos con los que estimulaba sus cumbres, irradiando pequeñas descargas de dolor embriagador.

Con los párpados a medio cerrar y la respiración entrecortada, lo agarré por detrás del cuello. Quería su boca.

Solo un instante más, me decía. Un momento más, y luego lo echo.

Lo tiré hacia abajo, para que me besara, y él obedeció diligente, lamiéndome los labios hinchados con una caricia sensual de la lengua, antes de asaltarlos. Entre el estruendo del chorro abundante que rebotaba de él a mí y el aliento que me robaba, respirar se volvió difícil.

Me hizo gemir, casi gritar, retorciendo mi pezón a su antojo, al mismo tiempo que me callaba como un canalla sádico.

—Shhh, no hagas ruido. ¿No querrás que nos escuchen?

Dio un golpe al grifo, haciendo que el agua saliera templada, privándome de ese frío que podría haber empujado a mi cuerpo a alejarse.

Su mano derecha abandonó mi pecho para deslizarse hacia abajo, a lo largo del costado, con el pulgar imprimiendo un rastro sobre mi piel. Al alcanzar la braguita, no tuve tiempo de detenerlo: sus dedos se colaron por debajo, rozando mi pubis, más allá del vello bien cuidado del monte de Venus, hasta mi sexo. Encontró el clítoris y ejerció sobre él una presión calibrada.

Junto con los gemidos sofocados, solté un sonido de desaprobación. Si no me decidía a detenerlo, estaba segura como el infierno de que ese animal no lo haría.

—Espera... No... ¿Qué haces? —me removí inquieta, mirando hacia abajo.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —dijo, rozándome la sien con los labios.

—No quiero... —Torcí el cuello hacia un lado, pero en lugar de escaparme, le di fácil acceso a mi garganta.

—¿Por eso te has enganchado a mi cuello como una monita? —Me dio un suave mordisco en el lóbulo—. ¿Porque no quieres?

—Que pares, te he dicho. —Le agarré la muñeca y, por un instante, funcionó: dejó que apartara su mano de mi braguita.

Pero luego la giró con un movimiento rápido, y todo cambió: ahora era él quien me sujetaba la mano.

La colocó sobre su entrepierna, aún cubierta por el bañador.

—¿*Esto*, no lo quieres?

Dios del cielo. Su pene hinchado presionó bajo mi palma, vivo. ¿Cómo permanecer indiferente? No pude evitar apoyarme mejor para tantear toda su pétrea consistencia y estimar su tamaño.

Él me hizo mover la mano arriba y abajo.

—¿No te gusta?

—Para nada, es una decepción —mentí ante su descaro—. He visto mejores.

Solo sirvió para hacerlo más determinado.

—Claro, porque tú debes ser una experta, imagino.

—¿Me estás llamando puta? —repliqué ofendida, tan creíble como una virgencita que esconde una polla en la mano.

—Lo has hecho todo tú sola —observó, mordaz—. Pero, ya que entiendes tanto, ¿podrías hacerme el favor de tocarlo bien y decirme qué hay de malo con ella?

Estiró la cinturilla y llevó mi mano dentro del bañador. Sentir la piel desnuda, tensa y lisa sobre el asta erecta, me contrajo el vientre en un espasmo de necesidad. Me dejé llevar hacia una larga exploración, desde la base hasta la punta del glande húmedo. Por lo que sentía, según mi competencia en la materia, limitada pero escrupulosa, estaba segura de que no había absolutamente nada malo con esa polla. Voluminosa y firme, apenas recorrida por el delicado bajorrelieve de una vena en la superficie, con una punta exquisita, como un corazón invertido: era, sencillamente, magnífica.

Basta. Me voy. Esto es demasiado...

Pero mis dedos se cerraron a su alrededor.

Solo un momento más... lo prometo.

Apreté un poco, deslizándome a lo largo de la verga con un giro de muñeca. El gemido masculino y profundo que obtuve fue el sonido más satisfactorio que había oído en bastante tiempo.

Solo una miradita...

Al ver la punta que sobresalía rosada del bañador, anhelando mi toque, apreté fuerte los labios; mi lengua se deslizó entre ellos, golosa.

—Pero mira —observó él—. Parece que no te disgusta tanto.

—El mayor problema de este chisme es su dueño —respondí, con total sinceridad.

—¿Ah, sí? Pues imagina que su dueño no está, entonces. —Y luego, susurrando en mi oído—: Tómalo solo a él. Es todo tuyo.

Al decir esto, agarró un extremo del lazo de mis braguitas, deshaciéndolo con un solo movimiento, hábil con esos cordones como si llevara años de práctica. Y no me costaba creer que fuera precisamente así.

La lycra se deslizó al instante, quedando colgando de uno de mis muslos, y la repentina desnudez de mi sexo reavivó la sensación de vulnerabilidad.

—No. Basta. —Negué con la cabeza y corrí a recuperar la tela colgante —. Todo esto es un... error. —Si no le hubiera puesto un freno, no habría dudado en ir hasta el final.

No se lo voy a permitir, no me va a follar en una ducha pública. Yo valgo mucho más que esto.

—Siento que te gusta. Puedes fingir que no es así, pero siento que hay conexión entre nosotros. —Me agarró por debajo de una rodilla, levantándola—. Vamos, *baby*, olvídate de las paranoias y déjate llevar.

Su pelvis, con el miembro duro medio descubierto, se presionó contra mi vientre. Se lo agarró con el puño y restregó el glande contra mi monte de Venus, conquistando una intimidad que no tenía intención de concederle. Fue realmente demasiado.

—¡Te he dicho que no, eres un animal! —me rebelé, dándole un empujón hacia atrás. Levanté el brazo para soltarle otra bofetada, pero esta vez él estuvo preparado y lo interceptó.

Me aprisionó la muñeca contra la pared, sobre mi cabeza. Intenté liberarla, pero el agarre de sus dedos se intensificó, inmovilizándome.

—Suéltame... —siseé con el corazón acelerado.

Su otra mano tomó mi rostro, obligándome a mirarlo a los ojos. En ellos un tornado de deseo, disgusto y furia, en los cuales quedé atrapada como en arenas movedizas.

—Está bien, ahora te suelto. —Habló casi rozando mis labios—. Total, sabes que antes de que acaben las vacaciones terminarás siendo mía, estiradita.

—¡No cuentes con ello, imbécil! —le respondí, sintiendo aún su tentadora dureza a la altura de mi pelvis. Me faltaba el aire, luchando tanto contra él como contra mí misma, hasta el punto de que me daban ganas de llorar.

Su pulgar recorrió mi mandíbula.

—Cuando te dé mi polla, hasta el fondo, cambiarás de actitud —fanfarroneó con extrema seguridad—. Apuesto a que te vas a poner más dulce que la miel.

Esa frase me hizo temblar. No porque hubiera usado maldad al pronunciarla, ni porque la hubiera percibido como una amenaza de violencia, sino solo porque temí que pudiera tener razón. Ya lo intuía: con él encima y dentro de mí, ya no sería yo misma, correría el serio peligro de perder el control olvidando quién era y cuáles eran mis objetivos.

Y eso no debía ocurrir.

Me quité su mano de la cara.

—Tienes suerte de que no podrá pasar nada más entre nosotros, si no habrías perdido la apuesta.

—¡Joder, nunca te rindes! —Irritado, golpeó el grifo, cerrando la ducha.

—Nunca. Pero ya va siendo hora de que te rindas tú, de una vez por todas. —Señalé mi muñeca, que seguía firmemente atrapada.

Él comprendió, exhaló un profundo suspiro y me soltó. Incluso dio un paso hacia atrás, levantando las manos.

Una vez libre, me moví hacia un lado, pegada a la pared, y me recolocé ambas partes del bikini. En lugar de lazos, terminé haciendo nudos inextricables, de lo nerviosa que aún estaba.

Él se limitó a observarme, apoyando los hombros contra la pared. Mejor así, ya no había nada más que decir. Él había perdido la partida y, considerando lo que tenía en el bañador, recomponerse le llevaría mucho más tiempo del que yo estaba empleando.

Sin embargo, su mirada no parecía en absoluto derrotada mientras, con los brazos cruzados sobre el pecho, disfrutaba de una última ojeada a mis encantos.

—Estiradita —me llamó cuando estaba a punto de abrir la puerta—. ¿No olvidas algo?

—¿Qué? —Comprobé que las dos piezas de mi bañador estuvieran en su sitio.

—¿Qué tal un "gracias"? Al fin y al cabo, te he salvado la vida.

Y luego la que siempre quería tener la última palabra era yo.

—Tienes razón, me salvaste la vida —asentí, dando unos golpecitos con los dedos en el marco de la puerta, con aire compungido por no haber tenido en cuenta un detalle tan relevante—. Fue muy heroico por tu parte. De verdad, tengo que decirte, de todo corazón...

Él se despegó de las baldosas del mosaico, con una sonrisa de casanova asomando en los labios, esperando.

Y entonces levanté el dedo corazón, girándolo en el aire, imitando el gesto que él mismo me había dedicado en el aeropuerto.

—Esto. Era eso lo que quería decirte.

En lugar de apagarse allí, su sonrisa se extendió y se convirtió en una carcajada, mientras yo le daba la espalda y salía de la ducha. Fue un sonido

contagioso, que terminó por curvar ligeramente también las comisuras de mi boca.

Morderme el labio no sirvió de nada, pero al menos él, que se había quedado dentro de la ducha, ya no me estaba viendo.

Habíamos discutido, deberíamos estar furiosos. ¿Cómo era posible que ambos fuéramos tan tontos?

Quiero decir: de él era de esperarse, pero por lo que a mí respecta, debía haber dejado mi raciocinio flotando en el agua de la ducha.

Capítulo 3

Haley, la camarera que me había servido la cena, me había asegurado que el barman preparaba un cóctel delicioso a base de ron agrícola y piña. Y como beber para olvidarlo me parecía la única manera sensata de terminar aquel día absurdo, me dirigí directamente al lounge bar.

Toda la zona, situada más allá de la piscina principal y salpicada de elegantes saloncitos de exterior, estaba deliciosamente iluminada con lucecitas tenues y lámparas de vela. Me encantaba aquella atmósfera suave, acompañada del murmullo de las conversaciones y las notas de una bossa nova de fondo. Puse el móvil en modo "silencio" precisamente para evitar que alguien pudiera sacarme de aquel momento mágico.

En el centro de una estructura hexagonal, la amplia barra del bar se desplegaba ante una interminable hilera de taburetes, en su mayoría vacíos. Fue en uno de ellos donde me senté, viviendo por primera vez en mi vida la experiencia de estar sola en un ambiente así.

El barman, que estaba terminando de preparar una bandeja, me vio por el rabillo del ojo y se acercó poco después.

—Buenas noches.

Me impactó de inmediato su sonrisa, que resaltaba una mirada atenta en su bello rostro, fresco y cordial. Llevaba el cabello rapado del lado derecho

hasta la raya justo encima de la sien, desde donde partía un mechón que le caía a la altura del pómulo izquierdo. Se notaba, también en los rasgos bien definidos de su barba corta, que era un tipo pulcro, que cuidaba con esmero el detalle de aquel peinado.

—Buenas noches. —Mi respuesta llegó con un instante de retraso, pero él no pareció notarlo, absorto en observarme del mismo modo en que yo lo había hecho con él. Me pregunté qué estaría viendo, más allá de una chica rubia, que llevaba un vestido de un solo hombro color marrón oscuro, realzado por múltiples joyas de plata y latón pulido.

Era llamativa. Quería serlo, porque la mejor manera de mostrar mis creaciones era llevándolas puestas.

Dejé que las pulseras se deslizaran hasta mi muñeca al apoyar el brazo en la barra.

—Me han dicho que Nick, el barman, prepara un cóctel de la casa excelente.

—Te han dicho bien, Unique —respondió con alegre despreocupación y un tono informal, aunque no aparentaba muchos más años que yo—. ¿Lo prefieres más potente o más suave?

Me quedé inmóvil por un instante, algo sorprendida.

—Potente, necesito despejar la cabeza. Pero tú... ¿cómo es que sabes mi nombre?

—Bueno, veamos... —Se apartó un poco para coger un vaso y lanzarlo; este giró en el aire y volvió a caer en su otra mano—. Una señora muy simpática me ha contado cositas sobre una hija suya de veinticuatro años que llegaba al Caribbean, rubia y con pasión por las joyas.

Eso lo explicaba todo.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué más te ha contado mi madre?

—Eh, no, ciertas confidencias hechas al barman son como las que se le hacen a un cura. Secreto profesional. —Acentuó su bonita sonrisa, lanzándome miraditas mientras preparaba mi cóctel—. Solo puedo decirte una cosa: me dijo que eras guapa, pero pensé que hablaba con parcialidad... No imaginaba que estuvieras como un tren.

Exagerado.

—Vaya, menudo ejército de seductores en este resort —murmuré en voz baja, negando con la cabeza—. Al menos tú eres más amable en tus formas.

—Yo *soy* un caballero.

—No lo pongo en duda —Apoyé la barbilla en el dorso de la mano, observándolo cortar la lima: verlo trabajar me cautivó al instante. Sus manos eran tan ágiles, limpias y flexibles, en comparación con las grandes e imponentes de aquel otro... Dios, tenía que conseguir quitarme a *ese otro* de la cabeza.

El vaso, adornado con rodajas de lima y fresa, que desprendía un delicioso aroma a piña, fue colocado frente a mí.

Lo envolví entre mis manos.

—Gracias, realmente lo necesito.

—¿Un mal día?

—Digamos que podría haber sido mejor.

Tomé un sorbo de la pajita y mis papilas gustativas hicieron una ola.

—Mmm, ¡está buenísimo! La fama que te precede es merecida.

—Gracias. —Nick se inclinó un poco hacia mí y su mechón le hizo cosquillas en el pómulo—. Entonces, veamos: estás de vacaciones, pareces gozar de excelente salud y el lugar es más que bonito, eso es un hecho. Imagino que el problema está en la compañía, entonces.

—¿Qué compañía? Renuncié a todos mis compromisos para venir corriendo, pero ni bien llegué, mis padres tuvieron que marcharse. Así que, aquí me tienes, pasándome las vacaciones sola como un perro. —Me encogí de hombros—. Aunque te diré una cosa, Nick: empiezo a pensar que no está nada mal desconectar de todo y de todos, aunque sea por unos días.

—Estupendo, entonces. Y si necesitas algo para mejorar tus vacaciones, no dudes en pedirlo. Haré lo posible por complacerte.

—*¿Algo?* —Giré la pajita, frunciendo el ceño.

—Puedes considerarme la persona a la que se recurre para esas necesidades que la recepción no puede cubrir. —El guiño fue rápido y letal, me hizo imaginar de todo.

—Vale, ahora me estás metiendo en la cabeza ideas locas. —Crucé las piernas y me acomodé mejor en la barra, midiendo el tono de voz—. ¿Te refieres a *cualquier* necesidad?

—Dentro de ciertos límites legales, un abanico bastante amplio —aclaró, sin dejar de sonar ambiguo. Su dedo índice se movió en mi dirección—. Sé que ya te está rondando algo por la cabeza, así que ponme a prueba y lo veremos.

—Pues sí, hay algo, en realidad. —Mientras pensaba cómo formular mi petición, jugueteaba indecisa con los colgantes de mi collar étnico—. He

dejado pasar un par de fiestas por venir aquí, eventos exclusivos y elegantes, para gente de alto nivel, no sé si me entiendes. Tenía muchas ganas de una fiesta así, pero necesitas invitación para poder entrar. —No tenía sentido negarlo: los encuentros y desencuentros con el socorrista me habían puesto las hormonas a mil y me moría de ganas de divertirme... preferiblemente con un chico rico, refinado, y que supiera cómo tratar a una mujer—. Son invitaciones que se otorgan con mucha parsimonia y secretismo.

Si mi petición le sorprendió o le puso en aprietos, Nick no lo dejó notar.

—¿Algo así como una fiesta exclusiva en un mega-yate, donde las ostras y el champán son lo mínimo? —preguntó mientras colocaba un par de botellas en su sitio.

Levanté el dedo índice.

—Bingo. Has pillado la idea.

—No te prometo nada, pero dame un par de días, ¿vale?

Mis expectativas crecieron al instante. Ese chico empezaba a gustarme; parecía espabilado y algo me decía que no estaba hablando por hablar.

—Todo el tiempo que necesites—. Crucé los dedos, esperanzada—. Si lo consigues, serás mi héroe.

Justo entonces, el camarero -un chico un poco más joven- se acercó para entregarle una comanda.

Él la tomó, pero también miró hacia el fondo de la barra, donde se acercaba una pareja de mediana edad.

—Me encargo yo de los Graham, que siempre piden lo mismo —se ofreció el chico, dispuesto a pasar detrás de la barra para cubrir la parte opuesta y ayudar a Nick.

Me hizo sentir un poco culpable.

—Mejor busco una mesa, tú tienes trabajo y no quiero molestarte.

—No, quédate. Me gusta charlar un rato mientras curro, sobre todo cuando aparece alguna rubia, guapa y joven, con pasión por las joyas.

—Y simpática. Olvidas simpática. —Le seguí el juego, riendo despreocupadamente.

—*Muy* simpática.

Estaba bien, Nick me había hecho sentir cómoda desde el primer momento y ya no me sentía como una extranjera solitaria en tierra ajena. Seguí conversando con él mientras iba y venía a lo largo de la barra, llenando bandejas.

Aproveché para aprender algo sobre cócteles. Estábamos hablando de *long drinks*, cuando él me señaló a un hombre de unos treinta y cinco años que acababa de sentarse en un reservado al aire libre, junto a la piscina.

—Serge es la persona que estamos buscando. Pasa aquí dos fines de semana al mes, trabaja en el sector aeronáutico y le gusta divertirse. —Limpió la encimera de los restos de fruta cortada con una esponjita y se inclinó apoyando los antebrazos en la barra—. Creo que mañana volverá a casa, pero siempre está bien informado de lo que sucede por aquí.

Girándome hacia la terraza, intenté localizarlo sin que se notara demasiado.

—¿Y suele ir a ese tipo de fiestas que me interesan? —Vi que había otras dos personas con él, una mujer y un hombre, antes de dejar que mi mirada vagara más allá.

—Nadie más que él, me atrevería a decir —confirmó Nick.

Estaba a punto de echarle un vistazo más detenido, cuando mi mirada se posó en uno de los senderos que surgía entre la vegetación, del cual estaba emergiendo una seductora figura masculina. Como una webcam averiada, no pude apartar la atención de allí.

Otra vez él...

Aquella noche, el "responsable de la seguridad balnearia" vestía vaqueros desgastados y una camisa azul noche con motivos tribales, con una abundante melena ligeramente despeinada. Era perfecto para un look informal pero atractivo, que lo hacía parecer sacado de un anuncio de una revista dedicada a los deportes acuáticos.

Apreté los dientes sobre mi labio inferior, sintiendo una tensión en mis tendones y nervios. En ese momento, como si me hubiera notado, miró hacia donde yo estaba.

Nos quedamos observándonos fijamente a los ojos durante un largo rato, a distancia, hasta que una morena se interpuso entre nosotros, plantándose delante de él.

—No me digas... Apuesto a que has pasado la tarde en la playa —comentó Nick, malditamente perspicaz.

Vi a mi atropellador-socorrista aceptar la invitación de la morena, sentándose a la mesa entre ella y su amiga. Apenas había llegado, cuando ya se le habían echado encima dos. Les di la espalda, prefiriendo prestar atención a quien la merecía.

—Ni lo menciones. He pasado la tarde en la playa y casi me ahogo. —Se me arrugó la nariz—. Ese guaperas me salvó.

—Por cómo lo dices, parece que hubieras preferido ahogarte.

—Claro que no, pero... —Sentí un ligero rubor subirme a las mejillas.

—Eh, soy tu barman-confesor, a mí puedes contármelo todo. Quedará entre nosotros. —Nick se apoyó en el fregadero y cruzó los brazos sobre el pecho, tomando su rol de confesor muy en serio. De hecho, había que admitirlo, inspiraba ese tipo de confidencias.

—Me derramó un *latte macchiato* encima esta mañana, en el aeropuerto. Y no fue nada agradable. —Aunque... el cosquilleo interior que me produjo el recuerdo de su voz en mi oído y de su pecho en mi espalda, parecía no estar de acuerdo.

Quité la pajita y las decoraciones de mi cóctel, sintiendo la necesidad de darle un buen trago directamente del vaso.

—Siento decirlo, pero es grosero, vulgar, arrogante y...

—Y es mi mejor amigo —me cortó él.

—Ah. —*Por supuesto...*

Me llevé una mano a la cabeza, sosteniéndola.

—Estupendo.

Acababa de insultar a una persona a la que él apreciaba, sin pensar que podían ser amigos.

Por suerte, él se lo tomó con una sonrisa.

—Te confío un secreto: Chris puede parecer un playboy un poco arrogante, pero es solo una fachada. En realidad, tiene un gran corazón.

Chris, ese era su nombre. Para evitar pensar en qué más tenía de "grande" Chris, bebí otro sorbo, llegando a dos tercios del vaso.

—Entonces, está actuando muy bien. Se ha metido demasiado en el papel.

Sentía que estaba en esa fase de la bebida en la que la lengua se me aflojaba y la cabeza se aligeraba, sin llegar a estar demasiado borracha. La mejor parte, en resumen.

—Aclárame solo una cosa: todos los chicos y chicas que trabajan en el resort tienen cierta compostura, son amables y afables; ¿por qué tenéis un socorrista así?

—Responsable de la seguridad balnearia —me corrigió—. Sencillo: porque desde que él llegó no se ha ahogado nadie más. Como ya has

comprobado, aunque no lo parezca, hay zonas peligrosas en la bahía. Y luego está la razón menos oficial.

Incliné la cabeza y levanté las cejas, animándole a seguir.

—Chris es como el polen para las abejas: no se sabe cómo, pero siempre acaba con un montón de chicas revoloteando a su alrededor, y a la dirección no le molesta tener en la playa a alguien con algo de *chispa*. Al fin y al cabo, somos un resort solo para adultos.

Ahora que lo mencionaba, recordé que mi madre me había hablado de la norma que prohibía alojarse en el resort a los menores de dieciséis años.

—Eso no quiere decir que estén autorizados a comportarse de manera insistente —repliqué, resistiendo el impulso de girarme para ver qué estaba haciendo con esas dos.

—Es un poco impulsivo, lo admito, pero nunca he visto a Chris insistir con una chica, a no ser para alejarla. —Se separó del fregadero, escrutándome con sus ojos color topo—. Un momento: ¿me estás diciendo que contigo lo ha hecho?

Me mordí el interior de la mejilla con una expresión elocuente, mientras él pasaba de observar mi creciente rubor a buscar a su amigo con la mirada.

—Vaya, vaya... —murmuró.

—¿Qué? —Me picaba el cuello de las ganas de girarme a curiosear—. ¿Qué pasa?

—Así que él no te cae nada bien. —En lugar de responder, Nick hizo otra pregunta—. Solo por saber: ¿qué es lo que no te gusta? ¿Algo físico, no sé... los ojos, la nariz, o...?

—No es su cara. ¿Por qué crees que quiero ir a una fiesta de cierto tipo? —Cerré el puño manteniendo el índice extendido para golpear la yema en la barra tres veces, de modo que quedara bien claro—: Yo quiero que me traten bien. Él no lo ha hecho, ni esta mañana ni esta tarde. Y yo lo exijo. Si un chico está interesado en mí, lo primero que tiene que hacer es tratarme bien. *Muy* bien.

—Entiendo. —Cogió un limón solitario y lo lanzó a un cesto con una actitud relajada—. Vale, está llegando alguien que podría tratarte bien, incluso muy bien, dándote todo lo que quieras.

—¿Quién? —Esta vez me giré.

Serge, el directivo aeronáutico aficionado a las fiestas de lujo, había abandonado su mesa para acercarse a nosotros. Levantó la mano y chocó la de Nick, estrechándola con fuerza después.

—¡Hola, hermano! —lo saludó calurosamente usando el español.

—¿Ya te vas? —le preguntó el barman.

—Tengo el vuelo en dos horas. Me da tiempo a tomarme un café y luego me voy. —La ropa, el porte, la pulsera de oro que brillaba en su muñeca: todo en él gritaba *rico retoño* en la cresta de la ola.

En cuanto posó los ojos sobre mí, Nick intervino:

—Te presento a Unique Meyers, que ha tenido compasión de mí y ha accedido a hacerme compañía.

—¿Esa es tu nueva táctica con las mujeres, dar pena? —se burló, antes de tenderme la mano—. Encantado: Serge.

Su apretón fue firme, pero delicado.

—No te había visto nunca por aquí.

—Es mi primera vez en Gran Caimán —le respondí, con mi sonrisa más encantadora.

—Unique ha venido a visitar a sus padres, pero tuvieron que marcharse por una urgencia, y ella se ha quedado aquí sola —explicó Nick, lanzando el anzuelo con la intención de despertar su interés.

—Espero que no sea nada grave —soltó una de esas frases hechas que, aun así, siempre quedan bien—. ¿Y qué tal lo llevas? ¿Te gusta?

Se sentó en el taburete a mi derecha, con una pierna estirada tocando el suelo, como si tuviera prisa pero aun así quisiera dedicarme un poco de su tiempo.

—He llegado esta misma mañana, la verdad. Aún me estoy aclimatando. Aunque tú, por lo que veo, llevas tiempo viniendo por aquí. —Mientras hablaba, dejé que mi cabello se deslizara hacia un lado del hombro y empecé a jugar con un mechón.

Él quedó hipnotizado. Su mirada vagó de mi mano al resto de mi cuerpo, sin llegar a ser descarado.

—Me enamoré de esta isla hace cosa de diez años. Si pudiera quedarme más tiempo, me encantaría mostrarte el lugar como se merece.

Tercer encuentro del día, tercer intento de ligue: empezaba a pensar que había algo especial en esa isla. Como si flotaran feromonas junto a la brisa marina, como si se respirara sensualidad en el aire.

—Me encantaría, es una pena que tengas que irte. ¿Tienes que volver al trabajo? —Nick le puso un café delante.

—A Serge le gusta hacer volar avioncitos.

—Muy cierto, me gusta ver volar muchos, cuantos más mejor: soy CEO en StarWings Airlines. —Pecó de un poco de ego al exhibir su título, pero se lo perdoné porque lo había hecho para presumir delante de mí como un pavo real que muestra la cola.

—Debe ser muy interesante. Quién sabe cuántas cosas tendrás para contar sobre tu trabajo.

—Te aburriría, te lo aseguro. —Parecíamos dos animalitos intentando girar uno alrededor del otro con cautela, moviéndonos según las reglas de la buena educación, pan cotidiano de nuestro estatus social.

—No lo creo: esta mañana, apenas aterricé, pensaba que iba a morirme del aburrimiento aquí, y sin embargo... están resultando ser unas vacaciones de todo menos previsibles.

—En el Caribbean nunca lo son, créeme.

Serge removió el azúcar en su café humeante con el meñique alzado.

—Espero que haya otra ocasión para enseñarte un par de *secret spots*.

Intuí un movimiento a mis espaldas, alguien acababa de sentarse a mi izquierda.

—¿Y a mí cuándo me enseñas tus "rinconcitos secretos", Serge?

Vi a Serge levantar la barbilla hacia Nick, quien respondió a esa muda pregunta entrecerrando los ojos y con un medio gesto de negación, comprensible solo para ellos dos. Amigos hasta el punto de entenderse sin emitir sonido.

—¡Te gustaría! Pero, ya sabes, no quiero que te lo tomes demasiado en serio, viejo amigo —dijo el CEO, riendo mientras llamaba al otro "viejo", aunque era él quien parecía algo mayor, con unos cuantos años de diferencia. Si Chris rondaba los treinta, Serge debía tener al menos cinco o seis años más.

—¿Te vas? —continuó el socorrista, poniéndose de repente serio—. He oído que hay un atasco en West Bay Road, se ha volcado un camión de... cerdos.

Me negué a girarme abiertamente para mirarlo, pero su *eau de toilette*, que retomaba y exaltaba las notas marinas de su natural y agradable aroma, llegó directamente hasta mi nariz.

—¿Me estás tomando el pelo? —Serge removió el café en la taza y dio un sorbo, riendo con sorna—. Podrías haberte inventado algo mejor si querías que me lo creyera.

—Como quieras, allá tú. —No se inmutó ni movió un solo músculo de la cara—. Yo te lo he dicho: hombre prevenido...

—Maldita sea —el hombre miró su reloj—. Será mejor que me mueva ya, mañana tengo junta, no puedo perder el vuelo.

Se despidió rápidamente dándome un ligero beso en la mejilla y se fue antes de que pudiera introducir el tema de la "fiesta".

Nick retiró la taza de café medio llena de la barra, sacudiendo el dedo índice.

—Ay, ay, chico malo —reprendió a su amigo, mientras se movía para meter el pocillo en el lavavajillas—. Serge se va a enfadar cuando vea que no hay ningún cerdito paseándose por la carretera.

Agarré el borde de la barra con ambas manos y, decidida, me giré del todo hacia la fuente de mi inquietud.

—¿Lo has hecho marcharse a propósito? —solté, sin rodeos.

¡La madre que lo parió, qué bien le quedaba esa camisa! Darme cuenta de ello me enfadó aún más.

—¿Decepcionada por no poder ver sus rinconcitos secretos? —me provocó, con los pies apoyados en el travesaño del taburete y las piernas abiertas de forma descarada.

—Aparte de que lo que quiero ver es asunto mío, ¿se puede saber qué problema tienes? —Creía haber sido clara en la ducha. Mi rechazo podía escocerle, pero no iba a permitir que me diera la lata.

—No es con él con quien te vas a divertir en estas vacaciones —respondió con total tranquilidad. —Vaya drama. Al fin y al cabo, ya se iba, ¿no?

—Igual necesitaba pedirle un favor —le hice notar—. Y no me ha dado tiempo a hacerlo, gracias a ti.

—Vaya, qué pena que te hayas quedado sin nada, estiradita —soltó con sarcasmo, dirigiéndose a las botellas de la estantería tras la barra, sin dignarse siquiera a mirarme a la cara.

—Entonces fue para vengarte: tú no has conseguido lo tuyo, así que decides que yo no puedo tener lo mío. —Resoplé y le di la espalda girándome con desdén en el taburete—. Qué infantil eres. ¿Pero cuántos años tienes?

—Veintisiete. No juego a los avioncitos, pero a veces juego al médico.

Nick, que mientras estábamos discutiendo había estado preparando un capuchino y una infusión le puso a Chris un vaso largo con hielo delante.

Más bien, lo plantó contra la superficie de madera con un "tac" seco.

—¿Qué tal si os dais un *time-out*? — dijo, mientras nos servía una tónica sin que nadie se la hubiera pedido. Usó las pinzas para echar una rodaja de limón en cada vaso—. Os conocéis desde hace menos de un día: ¿cómo os las habéis apañado para llevaros tan mal?

—Es la primera vez que salvo a alguien y ni siquiera recibo un gracias —se quejó Chris.

—Lo que quería él era bastante más que un simple gracias —murmuré en voz alta—. No es que nos hayamos llevado mal tras un día... nos llevamos mal desde los primeros cinco minutos: eso fue todo lo que necesitó para endosarme ese apodo odioso.

—¿Te refieres a *estiradita*? Porque ya te he explicado el motivo, *estiradita*. —Chasqueó la lengua contra el paladar, después de beberse el refresco—. Siento muchísimo que te moleste tanto, *estiradita*.

Dejé caer la mano con un golpe sobre la rodilla cruzada.

—Se te ha rayado el disco, guapo, ya va siendo hora de que cambies de canción.

—¿O prefieres que te llame "princesa"? Me vale también... aunque las princesas de los cuentos están sobre un guisante... y tú no quieres estar sobre un guisante, aunque eso sí, sabes estar muy bien sobre los cojones. —Por el tono burlón, noté que se lo estaba pasando en grande fastidiándome.

Tenía que dejar de morder el anzuelo.

Mantener la boca cerrada me costó bastante. Fijé la vista en el fondo de mi cóctel, dejando que mi cabello cayera hacia adelante como un escudo. Iba a ignorarlo, como si no existiera, lo tenía decidido. Temblaba de rabia y de un caos interior que no sabía ni explicar, pero estaba decidida.

—¿Satisfecho? —lo reprendió Nick, echándole en cara mi silencio—. ¿Se puede saber qué ha pasado entre vosotros dos?

Seguí mordiéndome la lengua. Solo la música chillout rompía el silencio, marcando la espera de una posible réplica mía durante un largo minuto, colmado por las miradas fulminantes que el camarero lanzaba a su amigo.

—Ponme un *latte macchiato* —le ordenó de repente Chris, como única respuesta.

—¿Un *latte macchiato*? ¿Seguro?

—Sí —respondió, lacónico.

Nick cargó la cafetera e intentó relajar el ambiente.

—Sabes, Unique me ha confesado lo que quiere. Y no me parece algo tan complicado.

Aparté el vaso tras apurar su contenido. Tenía la cabeza en las nubes y el cuerpo pegado al suelo.

—¿Y el secreto de confesión del barman? ¿Dónde queda?

—Sigue siendo un secreto —respondió mientras vertía la leche y la calentaba, haciendo que espumara—. Pero también los camareros, igual que los curas, tienen su propio confesor.

Y el suyo era Chris, obviamente.

—Cómo no. —El gato y el zorro, eso es lo que eran esos dos juntos. Levanté la mano, indicándole que siguiera, que hablara de lo que quisiera.

—Quiere que la traten bien. *Muy bien* —reveló, usando mis propias palabras como si fueran un código entre él y Chris, uno que yo no era capaz de descifrar.

—Toma —dijo, colocándole el *latte macchiato* delante, junto al agua tónica.

—Muchas gracias. Eso lo sé hasta yo.

Nick ladeó la cabeza, intentando penetrar más profundamente en la mente de su amigo. El mechón se deslizó hasta cubrir parte de su ojo.

—¿Qué te ha hecho?

¿¡Yo a él!? Esa sí que es buena.

Chris suspiró, sin saber muy bien cómo resumirlo.

— Me dio un guantazo.

—Venga, no me lo creo —soltó el otro, aún perplejo.

—Te lo aseguro. Y vaya guantazos da.

Lo vi reflejado en el espejo tras las botellas, pasándose una mano por la boca, como si intentara disimular una sonrisa.

Nick, en cambio, se echó a reír sin disimularlo.

—Ya no te reconozco.

—Ni yo mismo me reconozco.

Noté su movimiento al levantarse. Terminó de dar un largo trago a su agua tónica y, un instante después, su aliento fresco me acarició el cabello, cerca de la oreja.

—¿Paz? —murmuró.

Fue una sola palabra, profunda e inesperada, que vibró contra mi cabeza con el peso de una caricia, dejándome desconcertada. Sentí un escalofrío, un cosquilleo eléctrico por el leve roce de su cercanía: el hombro desnudo,

el codo, el cabello. Me quedé sin aliento y ahogué un jadeo justo a tiempo, antes de que se me escapara de los labios.

Él empujó el *latte macchiato*, aún intacto, sobre la barra, cerca de mi brazo.

—Está hirviendo —murmuró con una voz grave y embriagadora—. Te sugiero que me lo derrames encima, antes de que se enfríe.

Fue su manera de pedir perdón, más fuerte que cualquier palabra que hubiera podido usar.

Sentí cómo todo lo que mantenía unidos mis músculos y huesos se desmoronaba, la resistencia que trataba de mantener deshaciéndose en un torbellino de debilidad. Cuánto habría deseado culpar al ron.

Maldición...

Hice girar el taburete sobre su base hasta quedar cara a cara con él. Cogí el vaso, que realmente quemaba, apretándolo con fuerza en mi mano.

A su favor, él no se movió ni miró mi mano para prevenir mi posible gesto de venganza. Se quedó observando cada línea de mi rostro, esperando solo lo inevitable.

Juro que estuve tentada, aunque solo fuera para verlo quitarse la camisa empapada, así me daría el gusto de obtener más de una satisfacción de una sola vez.

Levanté el vaso, lentamente, y me lo llevé a la boca. Tomé un sorbo diminuto y me lamí el labio superior para quitarme la espuma.

—Me debías uno: sería una pena desperdiciarlo.

En realidad, no me apetecía ningún *latte*, y no iba a beberlo. Lo aparté y le tendí la mano.

—De acuerdo: estamos en paz.

Nos estrechamos la mano, lo hicimos durante un buen rato, tanto que me encontré esperando que aprovechara para acercarme a él. Lo imaginé y lo temí, temblando en secreto. Pero no ocurrió.

—Christopher —fue lo único que dijo, presentándose como debería haber hecho esa mañana en el aeropuerto.

—Unique —respondí, más ligera, notando que su tono también había cambiado.

—*Única* —suspiró por la nariz, haciendo alguna consideración que solo él y, probablemente, su amigo podían entender. Luego me soltó de golpe y agarró el vaso de agua tónica, bebiendo lo que quedaba. Lo dejó en la barra y le dio una palmada, dirigiéndose a Nick—.Nos vemos en la cala, después.

El otro, a pesar de habernos estado vigilando para no perderse nada, había tomado un pedido y estaba destapando una cerveza.

—Voy para allá cuando termine.

Habían hablado en plural, era de imaginar que las dos chicas que esperaban en la mesa se unirían a ellos. Que Chris se interesara por otra era buena señal.

Sí, las cosas parecían estar resolviéndose para bien.

Entonces, ¿por qué, al verlo alejarse, sentí como si un gusanillo estuviera excavando un incómodo agujero en mi estómago?

***

Entre charla y charla, el tiempo había volado en compañía de Nick, sin que me diera cuenta. Al terminar su turno, había cerrado el bar y me estaba acompañando a mi cabaña por el sendero delimitado por cordones de cáñamo, con tenues farolillos que iluminaban el camino en la espesa vegetación.

Caminaba a paso lento con él a mi lado, en una atmósfera irreal, y me parecía haberlo hecho desde siempre. Era mucho más elegante que Chris, pulcro con su camisa blanca y sus pantalones oscuros del uniforme, aunque tenía ese aire, esos ojos astutos que te hacían sentir constantemente al descubierto.

—¿No tienes que reunirte con Chris y las dos chicas que estaban con él en algún sitio? —intenté investigar.

—Me pilla de camino, para ir a la cala paso por la playa —respondió, con las manos en los bolsillos, avanzando sin prisa—. Pero a esas dos que has visto no las tratamos fuera del resort. A veces quedamos con un grupito de amigos para nadar por la noche o hacer surf al atardecer. El que puede, bien; y el que no, no pasa nada. Todos tenemos horarios de trabajo distintos.

—¿Trabajas todas las noches? —Extendí la mano y acaricié la hoja alargada de una planta que parecía de terciopelo, dejándola deslizarse con el siguiente paso.

—Algunas me las tomo libres, puedo organizarme. —Un pájaro revoloteó entre las ramas sobre nuestras cabezas y él inclinó el cuello hacia atrás, sin mirar ya dónde pisaba—. ¿Te apetece venir a la cala, a ver si

todavía queda alguien? —Después de soltar esa propuesta, volvió a enderezar la cabeza para no perderse mi reacción.

Me sentí halagada por esa invitación, pero no quería sentirme como un pez fuera del agua, rodeada de desconocidos, en un ambiente que no era el mío. Ya había tenido bastantes emociones que gestionar por un solo día, así que rechacé la propuesta.

—Gracias, pero creo que voy a aprovechar para dormir —Solo de pensarlo, se me escapó un bostezo—. Ha sido un día intenso.

—Y esto no ha hecho más que empezar. —Se detuvo frente al camino que llevaba a la cabaña 207, la séptima del ala dos, cuyo juego de llaves tenía en la mano—. Es una cabaña grande para una sola persona.

—Sí, es amplísima, con un salón muy espacioso, pero lo mejor es el balcón de mi habitación que da al... —La mirada elocuente de sus ojos color avellana me detuvo—. Tú ya sabes cómo es... —dije con un hilo de voz, dándome cuenta de que lo que realmente le importaba no era en absoluto el tamaño de la cabaña.

—Sí, lo sé —admitió serenamente.

—¿Tú quieres que... te invite a entrar?

—El punto no es ese —respondió, críptico—. ¿Tú qué quieres de estas vacaciones, Unique? — Su figura esbelta se acercó, sacó una mano del bolsillo y enderezó el colgante de mi collar, rozándome con los nudillos en la parte superior del pecho—. ¿Que sean relajantes? ¿Que sean una aventura? ¿Que sean... especiales?

—Ojalá fuera tan fácil. —Sentí que mi cuerpo reaccionaba a ese toque suave, mis pechos despertaban. Dios, desde que llegué, parecía que mis hormonas se habían descontrolado. Tal vez la libertad de estar sola me había subido a la cabeza, y el resultado era que mis sentidos se desataban, olvidándose de mis inhibiciones.

—Quisiera muchas cosas, pero las quiero sin consecuencias. —No podía considerarme una persona pública, pero había ciertas expectativas sobre mí. Vivía al límite, intentando no defraudar a nadie con mis ambiciones y fantasías.

—Esta respuesta dice poco —me insistió, llevándome la contraria sin reparos.

—Entiendo. Está claro a dónde quieres llegar, pero ¿no crees que a tu amigo Chris le molestaría lo que estás haciendo?

Su sonrisa fue la de un viejo zorro.

—Entre nosotros no hay esa clase de celos. Responde a mi pregunta, por favor.

—Vale —suspiré, acorralada—. Quiero que estas vacaciones sean... mágicas. Una aventura. Y también especiales. —No quería perderme absolutamente nada. Inevitablemente, imaginé cómo sería sentir sus manos hábiles sobre mí. Si se le diera tan bien el sexo como sus cócteles.

—Pueden serlo, puedes tenerlo todo, solo tienes que desearlo —dijo, parpadeando, con ese largo mechón rozándole las pestañas—. Solo tienes que decírmelo.

—¿Eres el genio de la lámpara, o solo estás tratando de convencerme de que te deje entrar? —respondí, clavando la mirada en el primer botón de su camisa, el más alto, el primero en el camino que debía recorrer para descubrir lo que había debajo. Un camino que no costaba nada recorrer con la imaginación, pero que en la realidad resultaría mucho más complicado, al implicar darle demasiada confianza a un desconocido, por segunda vez, en el mismo día.

—Por mucho que cueste creerlo, no estoy intentando convencerte para que me invites —replicó él, sin perder su sonrisa astuta—. Solo te estoy dando un consejo de amigo: relájate y disfruta de las vacaciones. Y si te apetece invitar a alguien a entrar, hazlo. Lo que pasa en el Caribbean Bay Cove, se queda en el Caribbean Bay Cove. —Hizo una pequeña pausa, dejándome asimilar el concepto—. ¿Vale? —preguntó inclinando la cabeza con un gesto.

Dudaba mucho que Nick no tuviera otras opciones además de mí. Era guapo, tenía clase y *savoir-faire*; era fácil imaginar que alguna en la cala estuviera esperándole solo a él. Así que le creí y acepté sus palabras como un punto de vista sobre el que merecía la pena reflexionar.

Me abracé a mí misma, sujetándome el hombro descubierto al sentir la brisa fresca que empezaba a soplar desde el océano. Me lo froté despacio.

—Vale. Tengo que pensarlo un poco, pero me parece un buen consejo, lo tendré en cuenta.

—Cuento con ello —dijo, guiñándome un ojo, mientras comenzaba a caminar hacia atrás. Luego se giró, sacó la otra mano del bolsillo y se alejó con paso decidido, dando largas zancadas.

Yo, por mi parte, tomé el sendero de entrada, sintiendo resonar su frase en mi mente.

"Lo que pasa en Caribbean Bay Cove, se queda en Caribbean Bay Cove".

Habría sido genial poder creérmelo.

Capítulo 4

Llamé a mi madre, quien me respondió desde el hospital. El socio de mi padre estaba experimentando pequeñas pero importantes mejorías, lo cual era, de todos modos, una buena noticia.

Por mi parte, en los días siguientes, vivir en el Caribbean Bay Cove se volvió más fácil. Chris dejó de acosarme, se mantuvo a distancia, a menudo asediado por alguna chica, a veces mujeres un poco más maduras, que le zumbaban alrededor como avispones, como si se hubieran topado por casualidad con Chris Hemsworth.

Tratamos de ignorarnos mutuamente, limitando nuestros intercambios a frases formales, aunque nuestras miradas seguían cruzándose en la playa o en la piscina, justo cuando menos oportuno era. Una risa, el despojarse de una prenda, incluso el simple acto de chupar un polo, hacía que mis ojos se dirigieran hacia los suyos, incluso a distancia. Una distancia mantenida a propósito por ambos: suficiente para evitar que saltaran chispas, como dos piedras que, al chocar, generan fricción.

Con Nick, en cambio, la situación era diferente, el diálogo con él fluía sin tropiezos como si fuéramos amigos de toda la vida. Y después de esa primera noche frente a la cabaña, no tuve que enfrentar más avances tan directos por su parte.

Parecía que ambos chicos, una vez tanteado el terreno con la recién llegada, habían comprendido cuándo era el momento de dar un paso atrás. Esto no significaba que mis hormonas, estimuladas sin descanso, se hubieran retirado en orden, ni que hubiera renunciado por completo a la aventura veraniega que deseaba. De hecho, estaba cada vez más decidida a vivirla, pero a mi manera, con personas más afines a mí, para poder mantener el control de la situación.

Casi había descartado la idea de una fiesta que se ajustara a lo que buscaba, cuando Nick me sorprendió con una buena noticia.

Esa noche encontré la zona de descanso bastante concurrida. En lugar de la habitual atmósfera relajada, se oía un bullicio de charlas y risas provenientes de personas de cierta edad que estaban de pie al borde de la piscina, sentadas en los sofás o en la barra del bar. De frases captadas al vuelo, solo pude entender que alguien, desconocido para mí, estaba celebrando un cumpleaños.

Nick estaba sobrecargado de trabajo, así que pensé en escabullirme, pero él me vio y mandó a buscarme a través de una de las camareras de turno.

—Tengo algo para ti —exclamó cuando lo alcancé, agitando una coctelera—. Adivina qué es, Niquie —así es como últimamente había empezado a llamarme.

—No lo sé —respondí, pero luego, al ver la expresión orgullosa y satisfecha que mostraba, una idea me vino a la mente. Me costaba creerlo, pero...—. No será... —Casi me dio miedo atreverme a pensarlo.

—¿No te he dicho ya que soy la persona a la que hay que acudir cuando se quiere algo especial?

—¡No, venga ya, no me lo creo! ¿Cómo lo has hecho? —Lo había hecho de verdad, había encontrado una fiesta de élite y había conseguido una invitación. Oficialmente había subido al primer puesto en el ranking de mis ídolos.

—Lo conseguí a través de Serge. —Sirvió un cóctel de color rojo, acertando de lleno en el vaso desde una altura vertiginosa.

—¿Serge? —Le seguí, hipnotizada por la rapidez de sus movimientos, siempre precisos—. Pensaba que la cosa había terminado cuando Chris lo hizo largarse.

—Nah, seguimos en contacto. —Se limpió los dedos con un paño de cocina y echó un vistazo rápido a la comanda antes de ponerse a servir un

licor—. Digamos que nos hacemos algún que otro favor, y esta vez le tocaba a él. Por cierto: le sabe fatal no poder venir.

—Qué pena que no pueda. —Me habría venido bien. Ir a una fiesta de ese tipo sin conocer a nadie parecía de locos; habría sido agradable poder ir acompañada por Serge.

—Ah, y luego lo siento, pero no es en un superyate, es en una residencia privada. De todas formas, según él, será increíble.

Mientras se movía, tuve que caminar a lo largo de la barra y pasar a dos personas para seguirle el paso y evitar que tuviera que gritarme. Hasta que él se detuvo un momento y se inclinó hacia mí.

—Se ruega mantener el secreto absoluto: no quieren paparazzi ni infiltrados.

—Te aseguro que de mí nadie sabrá nada. —Crucé los dedos sobre mis labios, jurándoselo. Al ver que la camarera se acercaba a paso decidido, me aparté un poco. Ella se llevó las copas ya preparadas y dejó una nueva comanda.

Al otro lado, dos mujeres tomaron asiento en los taburetes, exigiendo la atención del barman.

Había llegado el momento de quitarme de en medio.

Él, solicitado desde varios frentes, me hizo un gesto con la barbilla, señalando hacia el fondo de la barra.

—La invitación está ahí, junto a la máquina de hielo: sobre rojo. Solo tienes que estirarte un poco y la alcanzas —explicó, con prisa pero siempre amable—. La dirección está dentro.

—De verdad, gracias, eres mi ídolo —lo alabé, deseando abrazarlo—. Luego me dices qué te debo por las molestias.

—Por esta vez estamos bien así, no te preocupes. —Ya había aclarado que no quería nada a cambio, pero de todos modos le iba a hacer un regalo, aunque solo fuera para no sentirme en deuda con él—. ¡Mejor piensa en disfrutar de la fiesta!

—¡Puedes apostar a que lo haré! —Agité la mano, haciendo otro "gracias" con los labios, y lo dejé en pleno torbellino.

Tal como me había indicado, me incliné, aplastándome las costillas contra la barra para alcanzar el interior sin tener que dar la vuelta. Palpé la superficie y noté varios sobres y papeles doblados bajo los dedos, así que estiré el cuello y, entre ellos, distinguí el sobre rojo.

Lo cogí y lo agité en el aire con gesto triunfal.

Estaba súper emocionada.

Me retiré a un lado y lo abrí. En su interior encontré una dirección, la fecha y una hora escritas a mano con una caligrafía elegante sin ser demasiado rebuscada. Nada indicaba el código de vestimenta, para eso tendría que apañármelas sola.

Y tengo que hacerlo rápido, pensé, algo ansiosa, fijándome en la fecha del papelito.

«15 de junio» grabado en irrevocables caracteres de imprenta.

Eso significaba que tenía menos de veinticuatro horas para estar perfecta.

***

Pasé el día en George Town, donde compré un vestido azul cobalto de corte sencillo, ajustado al cuerpo, con una falda acampanada hasta la pantorrilla. Lo que me convenció fue el escote, que dejaba el pecho al descubierto hasta los hombros, sobre los que caían dos tiras finas. Lo combinaría únicamente con uno de mis collares, una gargantilla étnica pequeña y fina, de modo que mi atuendo sin adornos pudiera decir: *soy escandalosamente rica y elegante, pero con tanta clase que no necesito restregártelo en la cara.*

Utilicé el mismo principio para el cabello, pidiéndole al estilista que dejara la mayor parte suelta, recogiendo solo dos mechones para rodear la cabeza hasta unirse detrás, en la nuca.

A las ocho de la noche ya estaba lista. A las nueve y media, el joven conductor del Caribbean, Ohanko, me esperaba puntualmente para llevarme a mi destino.

Subí a su coche, emocionada como una niña que va al parque de atracciones y mucho más nerviosa. Al mostrarle la dirección, él sonrió asintiendo, enigmático y de pocas palabras como lo había sido aquella tarde al llevarme de paseo por George Town.

Me dejó fuera de la ciudad, frente a la puerta de entrada de una villa de dos pisos que parecía muy respetable, aunque lejos de la mastodóntica –o al menos suntuosa– residencia que imaginaba encontrar. Sin embargo, la dirección no mentía y una fiesta estaba, de hecho, en curso, a juzgar por el

sonido amortiguado de la música y las antorchas plantadas a lo largo del camino de entrada.

Y esto era todo lo que podía deducir, considerando que la parte contigua a la calle era claramente el lado «b» de la residencia, que, para mayor privacidad debía dar toda al lado opuesto.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —pregunté, esperando ver aparecer a un miembro del servicio de seguridad.

Nadie.

Me sentía un poco extraña, algo no cuadraba, pero ya estaba en ello, así que, invitación en mano, me armé de valor y crucé la puerta de entrada peatonal que habían dejado entornada. Atravesé el jardín intentando no enganchar los tacones en las grietas del pavimento, y llegué al portón principal.

—Quién me manda a mí, maldita sea... —murmuré, mordiéndome el labio en la comisura de la boca.

Imaginaba ya las excusas que podría dar una vez dentro para explicar mi presencia, hablando de Serge entre un canapé de caviar y una copa de Dom Pérignon. A partir de ahí todo sería más fácil y –lo esperaba con todas mis fuerzas– conocería gente interesante. Un hombre encantador, quizás.

Cuánto necesitaba un hombre...

Fue este pensamiento, más que todo lo demás, lo que me impulsó a tocar el timbre.

Diez segundos después, la puerta se abrió de par en par y una ráfaga de marihuana me alcanzó junto a las notas de reggae de Bob Marley. Delante de mí apareció un chico de color con una espesa mata de rastas y el torso desnudo, alto como el Empire State Building.

—¡Fiu-fiuuuu! —silbó—. ¿Y tú quién eres? —Abrió la boca en una sonrisa enorme.

Intenté hablar, pero lo único que conseguí fue quedarme con la boca abierta, como un pez fuera del agua, mientras trataba de entender si me había quedado dormida y estaba teniendo un sueño muy raro.

Él debía de pensar lo mismo, a juzgar por cómo me miraba, con las pupilas dilatadas.

—¿De dónde vienes, ángel?

Quizás, con ese vestido y ese peinado, me parecía más a un hada que a un ángel, pero poco importaba en ese momento.

—Perdona... Creo que me he equivocado de dirección. —Levanté el sobre rojo que aún tenía en la mano para volver a leer las indicaciones.

—Esa es la invitación. Eso quiere decir que estás en el sitio correcto. —Se apartó de la puerta con gesto relajado—. Venga, pasa, ángel.

Agité una mano delante de mí, en señal de rechazo.

—Gracias, pero no creo que sea buena idea. Algo no cuadra... tiene que haber habido un error. En realidad, tenía que ir a otra fiesta.

—¿Pero qué dices? La fiesta es aquí. —alzó el dedo índice junto a la oreja, siguiendo el ritmo—. ¿Lo oyes? *Don't worry about a thing, 'cause every little thing is gonna be alright.*[1] ¡Venga, entra!

Me agarró del brazo, a la altura del bíceps, y me arrastró hacia dentro, cerrando la puerta tras nosotros.

¡Qué modales!

Me reapropié de mi brazo y me encontré en un salón con una pared de ventanales que daban a la piscina. Lo primero que vi fueron varios chavales tirados en los sofás y en el suelo, formando un círculo en torno a una shisha humeante. Otros estaban sentados en la escalera que llevaba arriba, o dispersos por la villa entre el exterior y la cocina, donde habían montado un buffet.

La ropa era informal, por no decir cutre, y el ambiente relajado. Muy relajado, teniendo en cuenta lo fácil que resultaba el contacto físico: manos apoyadas sin miramientos en piernas, brazos o cualquier otra parte del cuerpo ajeno.

—Vale, esto no era lo que me esperaba. Y además, no conozco a nadie aquí.

—¿De verdad a nadie? —me tendió la mano con una sonrisa—. Yo soy Jafaris Howes.

—Unique Meyers —se la estreché, mientras mis ojos se posaban un momento en su torso, que estaba en bastante buena forma—. Conseguí la invitación a través de Serge.

—No me suena ningún Serge. —Se giró y levantó la voz—. ¿Alguien conoce a un tal Serge?

Nadie reaccionó, así que se encogió de hombros echando hacia fuera sus gruesos labios.

—¿Segura de que te la dio ese Serge?

—No, él solo era el que... —solté un bufido de frustración—. Estrangularé a Nick con mis propias manos.

Si había sido una broma suya, era de muy mal gusto.

—¿Conoces a Nick? —Sonrió de nuevo ampliamente, abriendo mucho los ojos y mostrando la esclerótica blanca en su rostro negro. —¿Ves que estás en el lugar correcto? Venga, vamos. —Agitó la mano invitándome a seguirlo.

—¿Nick está aquí? ¿No está trabajando? —Pensándolo bien, no lo había visto desde que me había dado el sobre.

—¡Ven, ven! —me apremió.

Seguí a Jafaris, que imaginé sería el dueño de la casa, a través del salón, dando dos pasitos por cada una de sus largas zancadas. Con cada paso, la decepción inicial iba desapareciendo, reemplazada por una creciente impaciencia; no veía la hora de encontrarme con Nick para cantarle las cuarenta.

Al salir al jardín, rodeamos la piscina y nos acercamos a un pequeño grupo que estaba apartado en tumbonas y sofás, unas cinco o seis personas en total. Unos pocos pasos más, con la falda ondeando entre mis piernas de forma algo teatral, y podría señalarlo con mi dedo lleno de reproches.

¡Tú...! le diría. *¡Tú...!* Busqué un apodo despectivo para endosarle.

—¡Estiradita! —se alzó una voz risueña.

Tendido en una tumbona que apuntaba hacia mí, Chris sostenía una botella de cerveza en una mano, mientras dejaba caer la otra despreocupadamente sobre el hombro de una chica sentada en el suelo. Y, santo Dios, abandonado de esa manera, con la camisa abierta y la rodilla ligeramente alzada, parecía un dios griego en un bacanal romana.

Aflojé un poco el paso, pero no me detuve. A esas alturas, ya no había nada que pudiera pararme.

El tipo de la segunda tumbona levantó el cuello, girándolo para ver. Era Nick, con las piernas abiertas para dejar espacio a una chica sentada en medio, mientras una segunda, en el chaise longue de al lado, usaba su rodilla como reposapiés.

—Unique —frunció el ceño, incorporándose de golpe—. ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Fuiste tú quien me mandó aquí! —pasé por delante de Jafaris agitando la invitación en la mano.

—¿Pero qué...? —Intentó zafarse de la posición en la que estaba y dio un par de saltitos con una pierna antes de conseguir ponerse en pie—. ¿Quién te dio eso?

—¡Tú me lo diste!

—Un momento —me quitó el sobre de las manos para examinar su contenido, como si las invitaciones rojo bermellón se repartieran en cada esquina—. ¡Yo te dije que cogieras el sobre plateado!

—No, me dijiste: el rojo. —Tuve un flash del momento en que había alargado el brazo por encima de la barra y, entre varios papeles, también había tocado un sobre plateado con una filigrana brillante en los bordes. Lo había dejado allí, llevándome el rojo, tal como él había dicho.

—Hostia puta —maldijo—. Me he equivocado. Entonces, ¿qué sobre ha cogido Cassie?

—¿Quién es Cassie? —pregunté, intentando seguir el hilo y aclarar el embrollo.

—Una amiga que curra en el Caribbean, seguro que la has visto en el restaurante. Era ella la que tenía que coger el sobre rojo.

—¿Y a dónde la has mandado? —Chris se echó a reír.

Nick se tapó la boca, riéndose por lo bajo con los ojos brillando de diversión.

—A casa de unos amigos de Serge, si ha cogido el otro sobre. El más pobretón de ellos conduce un Porsche.

Así que todo se había tratado de un simple intercambio de sobres que había hecho que Cassie y yo acabáramos en la fiesta equivocada.

—No tengo palabras, Nick.

—Te juro que no lo hice a propósito, esa noche estaba tan liado que no sabía ni por dónde tirar.

Aunque parecía más divertido que arrepentido, estaba claro que estaba tan sorprendido como yo. Y no podía negarlo, aquella noche parecía realmente desbordado, todos reclamaban su atención. Al final, había sido un simple “accidente”, si se podía llamar así a aquel lío de sobres.

Con estas consideraciones, y sabiendo que no lo había hecho con mala intención, la rabia que sentía hacia él empezó a disiparse, permitiéndome notar lo distinto que se le veía comparado con cuando estaba detrás de la barra: más exótico y licencioso. Llevaba una camisa de lino con cuello mao y unos pantalones anchos y sueltos. Su mechón largo le rozaba el rostro, desde el pómulo hasta la mandíbula. Una cadenita de cuentas negras le rodeaba el cuello. Estaba acostumbrada a verlo en su versión “trabajo”, pero esa noche parecía haberse metido de lleno en el papel de “seductor”.

—Lo siento, ¿vale? Pero ya que estás aquí, al menos disfruta de esta fiesta. Venga, voy a presentarte a algunas personas —me cogió de la mano —. Sé que querías algo diferente, pero intentaré compensártelo.

Su amabilidad terminó de apaciguar mi ánimo.

—Ya no sé ni lo que quería. Lo de venir a esta fiesta fue una pésima idea desde el principio —retiré la mano con elegancia—. Será mejor que me vaya. No soy más que una clienta del resort, y si por una vez tenéis la noche libre, no pienso quedarme aquí a daros la lata.

Sonreí, pero fue una sonrisa triste.

—Está bien así. Ahora busco un taxi y asunto resuelto, no te preocupes, de verdad.

Me despedí, girando sobre mis tacones.

Nick y Chris intercambiaron una de esas miradas suyas que decían mil cosas sin decir nada, y el segundo se puso de pie de golpe cuando ya me estaba alejando. Apenas había dado unos pasos cuando me levantaron en volandas por detrás.

—¡Eh! —grité, perdiendo el bolso de mano y el contacto con el suelo.

Chris, sujetándome firmemente en brazos, se dirigió al borde de la piscina.

—Tú eliges: ¿te tiro o te quedas por las buenas?

Pataleé en el aire, suspendida sobre el agua, con el estómago hecho un nudo al sentir de nuevo el calor de su pecho.

—¿Vas a estropearme también este vestido?

Hablé bajito para que no me oyeran los del grupo, aunque igual me vieron negar con la cabeza.

—¡Que lo hace! —gritó una chica—. ¡Nunca amenaza en vano!

—¡Será mejor que le sigas el juego! —añadió otra.

Chris me dio un pequeño y aterrador sacudón, recolocándome entre sus brazos con más firmeza.

—Dilo: no nos consideras a tu altura, por eso te quieres ir.

Su ojo moteado me atrapó, como si tuviera un poder superior, impidiéndome apartar la mirada.

—No digas chorradas, Chris. —Pronunciar su nombre por primera vez, estando en sus brazos, pareció casi íntimo.

—Si lo admites, te bajo y puedes ir donde quieras. —Estábamos justo al borde, el olor a cloro casi lograba superar su sensual perfume. Maldición, quería abrazarlo, abofetearlo y gritar. Todo, menos darle la razón.

—¿Y si no lo hago? —me arriesgué, mostrando una calma que no sentía.

—Fácil: te vas al agua.

—No te atreverías. Ni siquiera tú puedes ser tan bruto.

—¿Estás dispuesta a apostar?

—Dos mil quinientos dólares de vestido que solo se puede lavar en seco, sin contar los zapatos y la peluquería. —Miré hacia abajo. Debajo de mí, el agua iluminada por los focos daba vida a suaves dibujos en movimiento, pareciendo tranquila y amenazante al mismo tiempo—. Piensa bien en lo que tienes entre los brazos.

Su pecho estaba hinchado y rígido, me sujetaba como un precioso trofeo del que se sentía orgulloso de haber conquistado, sin dar señal de cuánto podía pesarle con mis cincuenta y dos kilos. Su boca, sin embargo, dijo todo lo contrario.

—¿Qué tengo entre los brazos? Tengo a la más cabezota de las niñatas mimadas que aún no ha entendido una cosa: me importan una mierda tus vestidos caros. Te prefiero sin ellos.

Después, el vacío.

Me lanzó como un saco, volé por un segundo y caí al agua con un golpe helado, hundiéndome por completo hasta tocar el fondo de la piscina. Todo el cuidado que había puesto en arreglarme, acababa de ser borrado por un solo gesto suyo.

Me impulsé hacia arriba y salí a la superficie, con el corazón desbocado, envuelta en un remolino de tela azul cobalto y carcajadas generales.

Ni siquiera les presté atención. Aprovechando el impulso, nadé hasta el borde, me estiré y sujeté a Chris por el tobillo.

—¡Qué cabrón! —lo tiré hacia abajo.

Él no se lo esperaba. Perdió el equilibrio, pero logró transformar su caída en un salto más o menos digno. Cuando emergió, tenía fuego en los ojos. Me aferré al borde con ambas manos, pensando que me ahogaría, pero en lugar de eso, se echó a reír.

Y en ese instante me pareció tan guapo, tan libre, que ni siquiera fui capaz de maldecirlo.

Nick se inclinó desde la orilla de la piscina.

—¿Te echo una mano?

Nadar con ese vestido hasta la escalerilla, era impensable, así que tomé la mano que me tendía.

—¿Sabes qué? He decidido aceptar tu invitación y quedarme en la fiesta, Nick.

—Estaba seguro de que Chris acabaría convenciéndote —me ayudó a ponerme de pie.

—Ah, estupendo. Así que la culpa es tuya —me escurrí un buen chorro de agua del pelo. El vestido se me pegaba al cuerpo como una segunda piel; debía parecer un pollito mojado... azul y con tacones de aguja. Por suerte, llevaba un maquillaje ligero y la máscara de pestañas era waterproof, si no, mi cara habría sido la de un panda.

—¡Eh! ¿Y a mí? ¿Nadie me ayuda? —gritó Chris.

Contuve las ganas de hacerle un corte de mangas y me limité a dedicarle una sonrisa tirante, de esas bien sarcásticas.

—*Pobrecito...*

—¿No eras tú el responsable de la seguridad balnearia? Pues sálvate tú solito —soltó Nick en tono de broma, mientras nos acercábamos al grupo de las tumbonas.

Cuando llegamos, me ofreció una toalla.

—Dame mejor una cerveza —le pedí, mientras me secaba la cara y la cabeza antes de envolverme en ella.

Me pasó una Lager sacada del cubo con hielo. Me la bebí como un estibador.

En lo que dura un chapuzón, algo cambió como por arte de magia.

Como si el agua —o Chris— hubiesen lavado una versión antigua de mí, dejé de intentar mantener las apariencias: me quité las sandalias, me terminé la cerveza y me reí a carcajadas con los chistes más ingeniosos mientras iba conociendo a los demás.

Y fue más divertido de lo que jamás habría imaginado.

---

[1] *No te preocupes por nada, porque todo estará bien. Three Little Birds (Don't Worry About a Thing).*

Capítulo 5

Nick se ofreció a darme ropa seca, lo cual habría parecido algo bastante normal, si no fuera porque, cuando le pregunté *"¿y cómo es que tienes ropa aquí?"*, respondió"bueno, estamos en mi casa".

—¿Tú tienes esta villa y trabajas en el Caribbean? —comenté, intrigada, mientras subía las escaleras que llevaban al piso de arriba con las sandalias en la mano.

—El trabajo me sirve para ganarme la vida. Digamos que estoy "un poco en desacuerdo" con las decisiones de mis padres, que están en el sector farmacéutico —dijo, agarrándose a la barandilla—. Es una historia larga.

—Te la resumo. —Chris se había unido a nosotros, él también necesitaba secarse—. ¿Conoces a esos idiotas que dicen: *"papá, tu dinero está sucio, me da asco, puedo arreglármelas mucho mejor por mi cuenta"*? Pues eso, él es uno de esos. —Aunque dicho así podía sonar a burla, en su tono había cariño y respeto.

—¿Y esta casa, entonces? —pregunté.

—La heredé —continuó Nick—. Un regalo de mi abuela, que era una persona maravillosa. Como te imaginarás, mantenerla no es fácil, por eso tengo algunos inquilinos.

—¿Nunca has pensado en venderla? —Tardé en subir un escalón más, interesada en la conversación—. Sacarías un buen pellizco y no estarías obligado a deslomarte.

—No lo hago solo por dinero, me gusta lo que hago. El Caribbean Bay Cove es un sitio especial.

—He notado que la mayoría de los empleados son bastante jóvenes.

—Sí, porque... ¿cómo explicártelo? Para muchos de los que trabajamos allí, es como nuestra isla de Wight.

—¿La isla de qué?

—Una canción de los años sesenta, "Wight is Wight". ¿No la conoces? La versión de Dik Dik me la cantaba siempre mi abuela, que tenía raíces italianas. *"Es para nosotros la isla de los que tienen en los ojos el azul, de la juventud"* —tarareó.

Chris le hizo eco, entonando una estrofa más mientras nos adelantaba subiendo los escalones de dos en dos.

—Es que todos tenemos un pasado... —siguió Nick—. Bueno, unos más que otros. Aquí hemos encontrado la forma de vivir a nuestra manera y ser nosotros mismos, sea lo que sea lo que hayamos vivido antes. —Mientras hablaba, su mirada se perdió en la espalda de Chris, con un deje de amargura.

—¿Te refieres a él cuando dices *"unos más que otros"*? —susurré, algo insegura, porque no me parecía correcto hablar a espaldas de nadie.

—¿Has oído hablar alguna vez de Christopher Harris, *"The Shark Rider"*?

—No. ¿Por qué?

Nick soltó un suspiro.

Su amigo se detuvo en lo alto de la escalera y se giró con el rostro serio, mostrando que lo había oído todo.

—Díselo —ordenó.

También nosotros nos paramos.

—Si hubieras estado alguna vez en el mundillo del surf, conocerías la historia —dijo Nick, apoyando todo el antebrazo en la barandilla, como si el relato le pesara y necesitara contarlo sin darle demasiada importancia—. Chris se lo curró desde crío, solo, sin ayuda de nadie, hasta convertirse en un campeón. Estaba a punto de firmar con grandes patrocinadores que le habrían permitido competir a nivel profesional por todo el mundo, cuando una ola de seis metros lo arrastró, golpeándolo con los restos flotantes de

una barca a la deriva. Perdió el conocimiento. La moto de agua no logró sacarlo a tiempo, acabó estrellándose contra las rocas. Se rompió la tibia y el peroné. Así que no pudo competir y lo perdió todo: patrocinadores, dinero, campeonato y... chica.

Chris, que había escuchado ese resumen sin inmutarse, bebió un trago largo directamente de la botella y se limpió con el dorso de la mano.

—Un año de mierda, vamos.

—Lo siento —dije. Con toda la energía que irradiaba, costaba imaginar que hubiera pasado por algo así.

—Es agua pasada —se encogió de hombros, quitándole hierro a su desgracia—. Tenía que ser así, y así es la vida: cabalgas la ola, aunque te arriesgues a estrellarte. Lo único importante es que no te joda la vida el puto miedo. Si quieres surfear, hazlo siempre, da igual lo grande que sea la ola, da igual que no haya nadie mirando para aplaudirte o darte un premio: hazlo solo por ti. —Apretó los dientes, como seguramente habría hecho muchas veces en aquella época—. Más pasión y menos ego, eso es lo que he sacado de todo aquello.

Luego soltó un eructo discreto y desapareció por el pasillo.

No hacían falta comentarios.

Christopher Harris, el socorrista tosco y primitivo, acababa de darme una lección de vida como si tal cosa.

Una píldora de sabiduría que me hizo plantearme una pregunta espontánea: ¿cuántos tipos de ola puede haber en la vida de una persona? ¿Cuál era la mía? Y, sobre todo, ¿la estaba cabalgando?

En la planta de arriba, lo vi entrar en una habitación que imaginé sería la suya, porque, evidentemente, el mejor amigo de Nick también era su primer inquilino.

Nosotros entramos unas puertas más allá. La habitación de Nick debía de ser la principal, a juzgar por su tamaño y por el diseño moderno y elegante de los muebles, de líneas alargadas y angulosas. Los interruptores encendían directamente grandes lámparas que suavizaban el conjunto con una luz cálida.

Tenía un baño privado, que fue donde me encerré para secarme y arreglarme un poco.

El albornoz que me había dado olía a gel de bergamota y a Nick; me quedaba grande, pero era suavísimo. Me lo até a la cintura con un nudo del cinturón.

Después de secarme el pelo, busqué un cepillo en los cajones, sin encontrar ni uno solo.

—¡Nick! —Me asomé a la puerta y la dejé abierta, volviendo a escurrir el vestido en uno de los dos lavabos—. ¿Tienes un cepillo?

Él vino enseguida.

—Tengo un peine. —Abrió el primer cajón a mi derecha—. Es todo lo que hay en el convento.

—Llamarlo convento... —Empecé a deshacer el peinado estropeado para poder peinarme.

Él cerró el cajón con la cadera, despacio, repasando mi atuendo: su albornoz.

—No has vuelto a decir nada después de la historia de Chris.

—¿Qué podía decir? Cualquier cosa me parecía una tontería. —Creía que, ante ciertas experiencias ajenas, lo único que se podía hacer era escuchar y guardar silencio—. Lo que dijo después, además... Ese discurso me lo habría esperado de ti, no de él. —Observé su perfil en el espejo, su figura alta y esbelta. Los ojos quedaban ocultos tras el largo flequillo, pero sabía que me estaba mirando—. *Cabalgar la ola...* —susurré, mientras una especie de chisporroteo irreal flotaba en el ambiente.

—Para hacerlo, tienes que saber lo que quieres —reflexionó él.

¿Qué esperas de estas vacaciones, Unique?

—¿Has vuelto a pensar en lo que te dije aquella noche?

La noche en que me acompañó a la cabaña.

"Si te apetece invitar a alguien a pasar, hazlo. Lo que pasa en el Caribbean Bay Cove, se queda en el Caribbean Bay Cove."

—Lo he pensado mucho —admití, dejando las horquillas sobre el lavabo.

—¿Y te has imaginado qué habría pasado si me hubieras invitado a entrar? —Había cambiado el tono. Su voz se deslizó bajo el albornoz como una caricia de terciopelo y espinas sobre mi piel desnuda.

—Sí, me lo he imaginado... —sola, en mi cama, lo había hecho. Fui alineando las horquillas con el dedo, sintiendo una especie de pudor—. Pero dejé pasar esa ola. —Había dejado que ganara el miedo.

—¿Tú crees? —Nick me cogió de la mano, alejándome de las horquillas, cara a cara con él—. Inténtalo ahora. Invítame.

—¿Ahora? ¿Aquí?

Me posó la palma en la mejilla, asintiendo, seguro de sí mismo. Con su forma de ser —decidida pero siempre delicada— me envolvió hasta hacer

desaparecer todo lo que había fuera de ese baño. Pasado y futuro se desvanecieron, y solo existí en el presente, con toda mi alma.

Parpadeé, notando cómo la ola subía... y subía. Y me lancé.

—¿Quieres entrar conmigo, Nick?

—Claro que quiero. —Dio un paso hacia mí y nuestras bocas se encontraron.

Me abandoné a su beso, sus labios eran finos pero suaves, la lengua esperó a que estuviera lista para dejarla pasar. Persuadir era su talento; Nick lo sabía hacer con maestría, llevándote donde quería él, haciéndolo parecer simple y espontáneo, sin que te dieras cuenta. Así, cuando con el corazón en tumulto me abrí para él, sus dedos se deslizaron detrás de mi cuello, atrayéndome hacia sí, mientras empujaba su lengua a conocer la mía. Me probó, dejándome su delicioso aroma a menta y ron, de ese mojito perfecto que se había preparado solo para sí.

Me sentí embriagada, la cabeza empezó a darme vueltas, como si me hubiera atrapado un remolino.

Abrí los ojos para volver a conectar con el planeta Tierra, y lo que vi me hizo aterrizar de golpe.

Me separé de Nick, apartándolo.

—Chris... —murmuré.

Estaba allí, en el umbral de la puerta, con ropa seca y el pelo aún húmedo, una mano apoyada en el marco. Nos observaba con una mirada intensa, inmóvil, saturada de una calma que hervía por dentro, contenida, pero que no habría definido como rabia... era otra cosa, igual de poderosa.

Todo, cada mínima percepción, se amplificó durante ese frágil silencio: la música amortiguada que llegaba desde abajo, la textura de la alfombrilla bajo mis pies, el sabor de Nick aún en mi boca, o el temblor de mi propia respiración.

Fue Nick quien se movió primero. Me rodeó la cintura con un brazo, atrayéndome hacia sí. Al instante me tensé, luego él sonrió como para decir que todo estaba bien, y acabé dejándome llevar.

Me sentía incómoda, confundida, todo me parecía un error. Pero la emoción confusa que me embargaba era tan fuerte que me dejaba sin aliento, inmóvil.

Nick me besó de nuevo frente a los ojos de su amigo, lo hizo de forma más intensa, su lengua me lamió llegando antes que sus labios. Por cómo

inclinó la cabeza, comprendí que estaba mirando a Chris. ¿Qué era? ¿Una afrenta? ¿Un desafío?

"Entre nosotros no hay esa clase de celos", súbitamente recordé su críptica frase.

¿Era quizás una... demostración?

Abrí los ojos y vi a Chris reflejado en el espejo. Había soltado el marco y su cabeza estaba inclinada hacia adelante, como un toro preparado para embestir. Le habría bastado una sola palabra para hacerme daño y envilecer ese momento.

Volví a cerrar los párpados, aferrándome fuerte a Nick, con el temor de ser arrastrada. Se me escapó un gemido, por la ansiedad, además de por lo que su boca me estaba haciendo.

Y de esa boca fui arrancada.

Chris me agarró del antebrazo, atrayéndome hacia sí con brusquedad. Su mano en mi trasero me apretó fuerte contra su pelvis y su boca se abalanzó sobre la mía, reclamando su posesión. Más rudo, más salvaje, usando ese lenguaje que mi mente rechazaba, pero al que mi cuerpo no sabía resistirse.

Percibí la cercanía de una presencia a mis espaldas, dos manos que se deslizaban por mi cintura, alcanzando el cordón del albornoz para desatar el nudo que lo mantenía unido. Lo sentí caer al suelo, sobre mis pies.

Chris aprovechó enseguida para colarse bajo los extremos de la toalla, donde solo quedaba mi ropa interior mojada cubriéndome. Desde atrás, Nick me apartó el pelo, posando los labios en mi cuello.

Mi mente confusa se alertó, pero fue como el sonido de una sirena amortiguada, lejana. Mi pecho se hinchó en un jadeo profundo mientras mi cabeza se reclinaba hacia atrás, colgando sobre el hombro de Nick.

Cuatro manos, dos hombres, opuestos y cómplices, y yo perdida en medio.

"Entre nosotros no hay celos..."

Esas miradas entre ellos. Ahora lo entendía. Ahora me quedaba claro hasta qué punto llegaba su complicidad.

—¿Vosotros...? —pregunté con la voz áspera.

—¿Qué? —Los labios de Nick subieron por mi yugular, alcanzando mi lóbulo.

—¿Habíais planeado esto? —¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Cómo no me di cuenta de que la amabilidad de Nick tenía un fin que iba más allá de una simple seducción?

—No lo habíamos planeado. —Me mordió el cartílago, desatándome escalofríos. Su aliento cálido me rozó la oreja—. Solo está pasando.

Entrecerré los párpados, luchando por mantenerme lúcida.

—¿Quieres hacerme creer que nunca lo habéis hecho? —Apreté la camisa de Chris en mis puños, sintiendo sus dedos deslizarse bajo el elástico de mi tanga.

—No dijo eso, solo que no estaba previsto —susurró él, tirando con la otra mano del encaje del sujetador azul, a juego con el vestido, hasta exponerme un pecho—. Mírate, baby, así es como te quería. Sabía que eras la persona adecuada. —Me acarició con los nudillos, haciendo que se erizara la areola y se levantara el centro—. Lo supe desde la primera noche en el bar, viéndote con Nick.

—Pero yo... —titubeé, sintiéndolo tomar mi pezón entre sus labios—. Espera... —Lo apretó entre los dientes, lo suficientemente fuerte como para darme una pequeña descarga de dolor, de ese dolor que se fusiona con el placer—. Nunca he hecho algo así —gemí en un lamento.

—No te preocupes. Te trataremos bien —intervino Nick, recordando mis palabras y usándolas con la astucia de un zorro.

—*Muy bien* —añadió Chris, que no se quedaba atrás.

—Cristo... sois dos canallas.

—¿Sí? ¿Y si así fuera? ¿Te importa algo ahora? —Agarró el albornoz y tiró de él hacia abajo, quitándomelo de los brazos. La toalla blanca se amontonó a mis pies—. Porque en este preciso momento me importa una mierda todo, excepto verte disfrutar. Justo así... —dos dedos cruzaron el elástico de mis bragas, bajando a presionar mi clítoris.

Arqueé la espalda, sostenida por Nick, que me agarró las caderas. Me retuvo, empujando entre mis nalgas el bulto inequívoco de su sexo, que se había vuelto voluminoso bajo sus pantalones anchos.

—Verás, será bonito. Te lo garantizo.

Más grandes, más experimentados, corrían con prisa, porque ya sabían exactamente lo que querían de mí, y yo no sabía cómo frenar su impulso. No me sentía lista para algo así, pero, al mismo tiempo, no lograba renunciar a la sensación que despertaba en mí.

"Cabalga la ola, aunque te arriesgues a estrellarte. Lo único importante es que no te joda la vida el puto miedo."

Llevé una mano hacia atrás, hasta la nuca de Nick, hundiendo los dedos en su cabello, sintiendo cómo mis uñas arañaban su cuero cabelludo.

—¿Qué pasa si me fío de ti?

Al diablo con todo, mirando dentro de mí, la cruda verdad era que quería tener esa experiencia y, por encima de todo, quería tenerla con Nick y con Chris: los quería a ambos. Quería cabalgar esa ola, sentía que, si no lo hacía, me arrepentiría por el resto de mi vida.

—¿Solo de mí? ¿Y de Chris no quieres fiarte?

—No, de él no, no me fío... ¡Oh! —gemí en respuesta al toque del dedo índice del canalla en cuestión, que penetraba con fuerza mis pequeños labios—. Él es un animal —declaré, esbozando una sonrisita mordaz.

Chris rió, tirando de mi cabello para obligarme a mirarlo a la cara, mientras redoblaba la dosis añadiendo un segundo dedo. Lo sentí avanzar rudo en mi tierna intimidad que se cerró en defensa, apretándolo en su interior.

—Te conoce bien —sonrió Nick, haciendo saltar el broche de mi sujetador sin tirantes. Lo bajó hasta la cintura, para luego quitármelo—. Tienes razón, Niquie, es un animal. Pero sabes, la confianza presupone entrega. Y lo que sucederá depende de ti, de cuánto quieras entregarte a nosotros. A los dos.

En ese punto, no solo lo deseaba, sino que lo necesitaba desesperadamente.

—Aquí nada depende de mí... incluso lo que siento que quiero es culpa vuestra.

—Sobreviviremos con esta tremenda culpa. —Soltó el sujetador, sus manos se deslizaron bajo mis axilas para tomar mis pechos. Se llenó cómodamente las palmas, estimulando el punto de mayor sensibilidad con los pulgares y arrancándome un profundo jadeo—. Joder... mira qué cosa, Chris.

—Lo sé. Es un espectáculo. —La mano entre mi cabello se apretó en un puño—. Eres una verdadera joyita, *baby* —dijo, contra mis labios, antes de besarme.

No entendí mucho de ese beso. Sentía sus manos por todas partes, como si fueran cien en lugar de cuatro. Me vi por una fracción de segundo reflejada en el espejo, desnuda entre los chicos aún vestidos y apretada entre sus físicos atléticos. Fue solo el deseo desmedido de tener más de ellos, de sus cuerpos, lo que me dio la fuerza para tirar de la tela que Chris llevaba puesta, hasta desnudar su torso.

—Joder... —comenté, posando la mano sobre sus formas firmes, marcadas por las líneas de los abdominales. El tiburón tatuado tembló apenas, vivo y vigoroso. Abrí y cerré los dedos con un deseo indescriptible, sintiendo la dura firmeza y el vello masculino que, bajando por el pubis, se espesaba en una línea definida.

—Baja más, *baby* —me incitó.

Por mucho que el bulto aplastado en sus vaqueros me invitara, preferí provocarlo.

—Después, si te portas bien, *"baby"*.

Me giré de repente entre las manos de Nick, que mientras tanto me subía por el interior del muslo desde atrás, con aire travieso. Le quité también la camisa con dedos temblorosos, mientras nos mirábamos a los ojos, sonriéndonos mutuamente. Luego observé más abajo: la musculatura de Nick era más fibrosa, menos velluda, pero igualmente admirable.

Mientras lo exploraba, haciéndolo contraer con el ligero cosquilleo de mis uñas, Chris me puso la barbilla en el hombro.

—Abajo, pequeña, baja, si quieres la *sorpresita* —me animó.

Incliné la cabeza, observando cómo la tela de los pantalones anchos, ya sin la camisa que los cubriera, sobresalía a la altura del pubis. Pasé la palma y levanté inmediatamente los ojos, abriéndolos de par en par en los de Nick.

—No es verdad... —siseé.

Él posó su mano sobre la mía, para retenerla y hacerme sentir mejor su miembro.

—Bueno, tampoco era de pega la última vez que lo comprobé.

—Cristo. —Atrapé la cintura de sus pantalones y los deslicé hacia abajo con deseo contenido. Lo mismo hice con los bóxers, exponiendo su sexo hinchado, terriblemente seguro de sí mismo.

—Oh, Dios mío, Nick... —di un paso atrás, refugiándome en los brazos de Chris, que me estrechó suavemente por los hombros, riendo.

—¿Qué pasa, Niquie? —preguntó el otro, con fingida indiferencia.

—¿Cómo que qué pasa? ¡Sabes *qué pasa*! —Señalé su pene, mucho más grande que el de Chris, y Chris no estaba precisamente mal dotado. Solo conseguí que los dos chicos rieran juntos, como si estuvieran ante los caprichos de una niña.

—Solo tienes que cogerle confianza —dijo el responsable, con indulgencia—. Porque él te desea de verdad, y te promete portarse bien. Te juro que no es un chulo como aparenta. —Se lo cogió con la mano, lo que,

en contra de sus palabras, lo hizo parecer aún más largo y grueso—. Es un buen tipo, te lo aseguro. Solo quiere tratarte bien, porque te lo mereces... todo —aseveró con malicia en sus ojos color avellana, apoyando el trasero en el borde del lavabo.

—Dios, Nick... —Solté un quejido, unido a una sonrisa forzada, porque él siempre conseguía hacerme reír—. No sé si llorar o erigirle un monumento —murmuré, agarrada a Chris, que me empujó hacia adelante con todo su cuerpo.

—¿No se te ocurre nada más? —Me frotó el brazo con ternura, como queriendo darme valor.

Mis ojos se elevaron a los de Nick, todo rastro de ironía o sarcasmo se había desvanecido; leí la avidez con la que ahora me miraba los labios. Los presioné, humedeciéndolos con la lengua y capté un brillo abajo: su grueso miembro parecía gritar mi nombre, así como mi ser gritaba el suyo, para que no lo dejara escapar. Una polla así podía asustar, pero no podía no hacerse desear. Por lo tanto, apenas sentí la presión que impuso Chris en mis hombros, caí de rodillas ante aquella escultura.

Nick sujetó los bordes del lavabo, dejándome libre para envolverlo con la mano y empezar a explorarlo. Asirlo fue tan excitante como empuñar un arma de fuego cargada; lo sostuve firmemente, sin apretarlo demasiado, extasiada por una fuerte sensación de posesión.

Sobre mí, los dos chicos se entendieron con un gesto, celebrando la conquista de una nueva etapa. Una etapa que, en mi opinión, merecía una cata.

Empecé a masturbarlo cubriendo toda su extensión y lo lamí desde abajo. Me detuve en el frenillo, como recompensa una gota cristalina brotó en la punta.

Nick apretó más fuerte los bordes del lavabo.

—¿Te gusta, Niquie? —preguntó, con la voz entrecortada.

Alcé la mirada.

—Es aterrador, pero es precioso, Nick —afirmé, deslizando los labios sobre el tronco recorrido por dos venas en relieve.

—Tú también le gustas mucho. —Su garganta vibró en un jadeo, cuando tomé todo su glande en mi boca. Echó la cabeza hacia atrás—. Sí, dulzura, así...

Chris, que se había puesto a nuestro lado para tener una mejor visión, me apartó el cabello que caía sobre mi cara y lo enrolló en su puño.

—Bien, chúpalo bien, *baby*. —Con una mano siguió el vaivén de mi cabeza, mientras forzaba mi boca a tomar más y a ir más profundo. Con la otra mano se desabrochó la bragueta y se bajó los vaqueros, dejando saltar fuera su poderosa erección. Una llamada irresistible a nutrirme de su sexo, de su virilidad.

Me hizo subir y bajar, pasando los labios por su carne dura, con un vago sabor a cloro de la piscina, luego me sujetó la cabeza inmovilizándola en una posición incómoda, obligándome a mirarlo a la cara desde allí abajo, con la boca llena de él.

Su pulgar acarició mi mejilla hinchada. No dijo nada, solo pareció querer memorizar esa imagen como si estuviera viendo algo hermoso, aunque yo estaba segura de parecer impresentable y vulgar en ese momento. Sin embargo, él tenía la capacidad de hacerme sentir hermosa incluso en ese estado, porque Chris, aunque tosco en muchos aspectos, era tan genuino y apasionado que me desarmaba por completo. Y en eso era más caballero que muchos estirados con chaqueta y corbata.

Cuando me soltó, tardé un par de segundos en recuperar el aliento, y entonces me dejó libre para volver con Nick. Tenía dos pollas, dos formidables pollas todas para mí.

No me lo podía creer.

Y ni siquiera me parecía verdad que hacer una mamada pudiera ser tan gratificante.

El énfasis me llevó a mostrar los dientes y presionarlos un poquito sobre el tronco de Nick, simulando un mordisco que me contuve de hundir, mientras mi puño le trabajaba la parte superior.

—Vaale... —me empujó delicadamente la frente hacia atrás—. Ya basta.

Me separé al instante, aunque mi otra mano seguía agarrada al pene de Chris.

—Perdona, ¿te he hecho daño?

—No, no es eso. —Golpeó los talones de sus zapatillas para quitárselas, se sacudió los pantalones de los pies y se inclinó para coger mi mano—. Quiero que nuestros juegos duren mucho y quiero ir ahí para estar más cómodos. —Mostró la sonrisa más inocente de su repertorio—. Y empezar a ponernos serios con esto.

Una sonrisa que no logró engañarme, porque ya no estaba segura de quién, entre él y Chris, era el más peligroso de complacer.

Dobló el dedo como un gancho, invitándome. Me puse de pie y dejé que tirara de mí, dando pasos reacios.

Chris me dio una palmada en el trasero mientras pasaba para salir del baño antes que nosotros.

—¿Qué quieres decir con "ponernos serios"? —pregunté una vez en la habitación, viendo a Chris cerrar la puerta con llave.

Creía saber la respuesta, pero estaba viviendo la cosa paso a paso, sin tener en cuenta lo que podría suceder.

Nick se mordió el labio, me dejó al pie de la cama para ir a abrir el cajón de la mesita de noche. Su respuesta no fue directa, pero sí elocuente.

—Nosotros estamos limpios, pero, por si tú lo prefieres... —levantó una mano, mostrando dos condones entre sus dedos.

Sola y semidesnuda en medio de esa enorme habitación, me abracé a mí misma, cubriendo mis pechos. Los pezones parecían haberse hecho de cristal y mi vientre se encogió ante la idea de ser penetrada por aquella especie de porra.

—Estoy bien, y tomo la píldora.

—Fantástico —devolvió los preservativos a la mesita de noche.

Chris vino a abrazarme por detrás, poniendo sus brazos sobre los míos.

—¿Estás bien?

—Estoy muy bien... *por ahora.*

Sentí el soplo de su risita junto a mi mejilla, en mi cabello aún un poco húmedo.

—Conozco un método infalible para que te relajes.

Me encogí de hombros.

—Quién sabe por qué, lo dudo: tú eres bueno para ponerme nerviosa, no para relajarme.

—¿Apuestas? —dijo, mirando a su amigo que había empezado a moverse hacia nosotros.

—Ese método también lo conozco yo. —Nick se puso frente a mí y enganchó con los índices el elástico de mi tanga. Lo bajó lentamente, agachándose con él, hasta ponerse en cuclillas sobre los talones, mientras Chris aumentaba el agarre de sus brazos sobre los míos, aprisionándome contra sus pectorales esculpidos.

Un golpecito en los tobillos me hizo levantar un pie y luego el otro, de modo que el último baluarte de protección de mi intimidad me fue retirado. Quedamos los tres desnudos, vestidos solo con nuestros collares.

—Abre las piernas —susurró Chris.

Las yemas de los dedos de Nick fueron aún más explícitas al subir por el interior de mis muslos, empujándome a separar los pies.

Mi pecho oprimido luchaba por tomar todo el aire necesario para seguir el ritmo creciente de mi respiración; no fui capaz de mirar hacia abajo, me giré hacia la cristalera del balcón, más allá de la cual solo estaban la oscuridad de la noche, las estrellas y el resplandor difuso de la fiesta que continuaba en el piso de abajo, de la que ahora me sentía a mil millas de distancia.

La lengua caliente de Nick lamió mi clítoris, dos dedos hicieron presión en los labios mayores para abrirlos. Di un respingo ante aquel contacto tan íntimo y directo; me puse de puntillas, gimiendo, pero luego quise más y volví a ofrecerle mi sexo en busca de otra lamida.

—Bien, *baby*, déjate llevar. —Chris mantuvo su agarre férreo, atrapándome entre dos fuegos. Detrás de mí, su miembro erecto presionó a lo largo de la hendidura entre mis nalgas, mientras que delante la boca laboriosa de Nick me daba mucho más que simples lamidas. Mordisqueó y estimuló, arrancándome gemidos de un placer inconfesable.

—Dios mío... —Me temblaban las rodillas, mi cabeza giraba de un lado a otro sobre el hombro de Chris. Él era quien me sostenía.

—No se tiene en pie —dijo, restregando su mandíbula sombreada por la barba corta contra mi sien—. Tenemos un coñito muy sensible, aquí.

Nick se apartó, satisfecho por el efecto logrado.

—Ponla en la cama.

Me levantaron en un segundo y me depositaron con esmero en el centro del colchón. Tumbada, con una mano en el vientre, vi a los dos chicos acercarse como temibles felinos, subiendo cada uno por un costado, más peligrosos y sexis que nunca.

Mi corazón empezó a bailar la samba.

—¿Qué queréis hacer? —di voz a mi estúpido pensamiento sin querer.

—Sabes lo que queremos. —Nick me distrajo con un beso de labios húmedos, con un sabor a menta que se había vuelto más salado, más mío, mientras Chris me agarraba la parte interior del muslo, atrayéndolo hacia sí para abrirme. Su dedo corazón me penetró deslizándose con facilidad.

—Qué buen trabajo has hecho. Siente lo mojado que está nuestro coñito, ahora. —Empujó hacia arriba, en busca de mi centro de placer.

—Déjame sentir. —Nick tomó mi otra pierna, separándome los muslos de forma obscena, e intentó meter su propio dedo donde ya había otro.

Mis tendones se tensaron de golpe, pero los chicos me sujetaron enseguida, uno a cada lado, manteniéndome con mis muslos abiertos de par en par. Presioné mi rostro contra el colchón para ocultar al menos eso; exhibida, explorada, sintiéndome impotente al volverme indecente... no me reconocía, ya no era Unique Meyers, hija y heredera única de Thomas Meyers. Era fuego líquido, con ganas de retorcerme y clavar las uñas.

Los dedos sondearon, tiraron, cada uno por su lado, para hacerme más dócil.

—¡Jesús! —Enardecida, agarré el mechón de pelo de Chris que me rozaba el hombro, atrayéndolo para que me besara—. Por favor... —ahogué aquel lamento insensato en su boca.

—Estamos muy impacientes, ¿verdad, pequeña? Pórtate bien, no te muevas ahora. —Se quedó rozando mis labios con los suyos, moviéndose para dominarme. Sus dedos me abandonaron y de repente fue su pene el que presionó mi sexo.

Abrí los ojos en sus iris azules.

—Chris... —murmuré ese nombre que en mi interior siempre iba acompañado de una sensación de desconcierto.

Él acarició mi frente con la suya.

—Te lo dije que antes de que terminaran las vacaciones serías mía. —Avanzó, penetrando mi carne como había predicho. Sentí que su tamaño me dilataba a la fuerza, pero no fue doloroso, fue sensual, porque él siempre lo era y en todo.

Mi mano buscó algo que apretar, sábanas o almohadas, encontrando algo mejor: Nick la tomó en la suya, entrelazando sus dedos con los míos, mientras el pene de su mejor amigo me colmaba centímetro tras centímetro, arrancándome largos gemidos, como un ariete que se abre paso y gana solo el combate. Pero Chris no había sido el único en la batalla que me había dejado tendida en aquella cama, a su merced.

Nick, cómplice y artífice, me levantó la pierna que aún sostenía para dar un acceso más fácil y profundo al sexo que me poseía. Su mano me dio un apretón, antes de deshacer el entrelazado de nuestros dedos.

—Gírala —dijo, incorporándose sobre las rodillas.

Igual que si fuera un juguete, me dieron la vuelta y quedé boca abajo. Chris me levantó por las caderas poniéndome a cuatro patas y volvió a

darme su polla por detrás, mientras el otro se ofrecía a mi boca.

En mi mente se compuso la imagen de cómo debíamos vernos.

Era puro sexo, simple, desnudo, directo, libre de cualquier implicación y más verdadero de lo que habría podido imaginar. No tenía experiencia en esto, solo podía dejarme guiar por mi instinto... y por los chicos. Porque era exactamente esto lo que Nick quería decir al decir que empezaríamos a ponernos serios.

Cerré los ojos y comencé a trabajar con la boca, tratando de resistir a los embates con los que era follada y empujada por una verga generosa a la otra, aún más bestial, que apenas cabía entre mis labios. Me dediqué a ello con la premura que merecía aquel ejemplar.

Chris se plantó fijo dentro de mí, me agarró del pelo, tirándome hacia atrás la cabeza para que Nick pudiera abrirme la boca penetrando mucho más allá del glande. Este me sujetó la barbilla con dulzura y recorrió con el pulgar el punto de unión entre mis labios deformados y su pene.

Con la yema del dedo secó la lágrima debida a mi esfuerzo.

—Eres elegante incluso cuando chupas polla, Niquie. Llena de delicadeza y gracia, pero tan caliente... —Tragó saliva, agarrándoselo por la base, y retrocedió para atenuar el placer. Se tendió delante de mí, los dedos de su mano se doblaron llamándome hacia él.

—Anda. —Chris me empujó a gatear sobre Nick—. Déjame ver cómo tomas su polla.

Cuando estuve en posición, puso las manos en mis caderas y me empujó hacia abajo. El glande apuntó recto como un obelisco y comenzó a abrirse paso entre mis labios menores, facilitado por el trabajo de las embestidas realizado por su amigo. Sentí las paredes tensarse al instante de forma desproporcionada, los nervios de mis muslos temblaron resistiendo la presión que Chris me imponía para hacerme bajar sobre su verga. Me detuve, apoyando las palmas en el pecho de Nick, negándome a bajar más.

Tenía miedo.

—Espera, no la fuerces así —dijo Nick.

—Puede hacerlo —replicó Chris, acariciándome la espalda, gentil en el gesto, crudo en la realidad de las palabras—. Son simples caprichos. Solo necesita que seas tú quien lo haga por ella.

—Sí, pero probemos de otra manera. —Nick me tumbó boca arriba y se puso encima de mí. Se apoyó en mis manos que corrieron en defensa,

manteniendo su pecho elevado para poner entre nosotros una mínima distancia, tratando de frenarlo.

Sus ojos se fijaron en los míos.

—¿Confías en mí?

—Sí —exhalé, porque así había sido, instintivamente, desde el primer momento, quisiera o no.

Frotó su sexo erecto contra la hendidura palpitante de mi coño.

—¿Lo quieres?

—Sí, pero... —Mis dedos se cerraron en puños sobre la piel lisa de su pecho.

—Entonces no me rechaces. Déjame hacerlo, Niquie. —Apenas intentó bajar, me tensé por instinto, tratando de frenarlo. Era como el instante antes de que la montaña rusa esté a punto de caer y tú lo deseas, sabes que es inevitable, pero te echas hacia atrás.

—Vale, tienes razón: sujétala. —Agarró mi muñeca para entregársela a su amigo con una actitud impositiva que no esperaba de él: el gentil, amigable, Nick.

Mi respiración se aceleró, tensé los brazos, pero mi boca permaneció muda, concediéndose solo un pequeño gemido de protesta. Se lo permití: dejé que Chris aprisionara ambas manos en su agarre, llevándolas sobre mi cabeza. El abultado músculo de su brazo dejaba claro que, aunque lo hubiera querido, rebelarme habría sido inútil.

Mis pupilas corrieron de aquí para allá, con ansiedad.

—Tranquila, lo haré despacio. —Liberado de aquel mísero impedimento, Nick bajó sobre un codo y movió la pelvis en una embestida controlada, entrando con decisión. Gemí, me arqueé y apreté los dientes, soportando la intrusión de aquella gruesa carne que solo pedía ser acogida, una y otra vez. Gracias a la lentitud de sus movimientos, sentí que me tensaba al extremo, más allá del límite de lo que habría creído poder aceptar, pero no sentí que me desgarraba, y empecé a pensar que tenían razón: podía hacerlo.

Cuando se echó hacia atrás me pareció que me habían dado la vuelta como a un calcetín, y cuando volvió a hundirse, sentí el empuje hasta la garganta; grité, soltando todo el aire de mis pulmones, obligada por las manos de Chris a inmolarme sobre aquel miembro desmesurado.

—Ah, sí, Niquie... —gruñó Nick—. Déjate follar. —Comenzó con un vaivén largo y cadencioso, procurando darme cada vez medio centímetro más—.Toma un poco más.

—Dios mío, Nick, eres enorme... —Parpadeé, y al volver a abrir los ojos vi el pene de Chris en mi nariz. Con una mano agarraba fuerte las mías y con la otra estaba dirigiendo su verga a mi boca.

La abrí automáticamente, experimentando lo que significaba estar inmovilizada, sin ver ni sentir otra cosa que polla, en la garganta, en el vientre, dentro y fuera de mí. Era degradante, extenuante, pero tan excitante que me hacía perder la cabeza.

—¿Dónde está? —me pareció oír preguntar a Chris. Su voz estaba cerca, pero yo estaba lejos, perdida en algún lugar entre el planeta lujuria y la constelación de los machos alfa.

Nick, que obviamente estaba sintonizado con él hasta el punto de leerle el pensamiento sin que tuviera que especificar nada más, alargó un brazo y señaló con su dedo índice la cómoda. El otro siguió la trayectoria, abandonándome, lo que me devolvió un instante de semi-lucidez.

—¿A dónde vas? —Le tomé las manos en cuanto soltaron las mías, pero no conseguí retenerlo.

—A ninguna parte. Vuelvo enseguida contigo, *baby*. —Se puso a abrir y cerrar cajones al azar.

No le presté mucha atención, porque tenía otra cosa que absorbía toda mi atención con su volumen. La gran polla de Nick, al empujar, frotaba contra un punto que me hacía entrecerrar los ojos y temblar los párpados.

—Nick... ahí... Justo así... ¡Dios mío, Nick! —gemí, apretándolo por las caderas para impedir que se echara hacia atrás.

—Tanto que te quejabas, y mírate ahora, cómo te gusta. —Su pulgar fue a presionar mi clítoris, girando para estimularlo.

Gemí todo mi consentimiento, tragándome cualquier palabra que se atreviera a formarse en mi cabeza

—¿Lo ves? Debes confiar en nosotros, *baby*. —Chris subió a la cama con algo en la mano que mi mente desconectada tardó en identificar. Miró a su amigo—. ¿Siguiente paso?

—Claro que sí —replicó el otro.

Para mi disgusto, Nick nos hizo girar otra vez, poniéndome a horcajadas sobre él. Un disgusto que duró solo el tiempo de darme cuenta de que puesta así la estimulación de mi punto G era perfecta. Sentía que podría correrme, si encontraba mi ritmo y si él me daba mi tiempo.

Pero los planes de Chris eran otros.

Me dio una palmada en una nalga y se inclinó a morderla, soltando un sonido que expresaba sus ganas de devorarme. El mío, en cambio, fue un chillido agudo, aunque complacido.

Temí que pudiera haber más mordiscos, pero él se posicionó a mis espaldas, mientras Nick ponía las palmas en mis nalgas, separándolas para su amigo.

Entonces sus intenciones se hicieron evidentes, y la ola de lujuria sobre la que me parecía surfear comenzó a menguar. Desde el principio sabía que había un riesgo enorme —sobre todo conociendo a Chris—, pero me negué a pensarlo. Y ahora...

El "blop" del tubo al ser apretado y la frescura de la sustancia que sentí mojar mi anillito me pusieron irremediablemente frente a la realidad de lo que Chris tenía en mente hacer. Ahí estaba de nuevo ese miedo corrompido y sórdido que él sabía despertar en mí, esta vez multiplicado por mil.

Intenté cerrarme, encontrándome obstaculizada por las manos de Nick, que me lo impidieron, ofreciéndome a la vista y a los oscuros propósitos de su amigo de forma obscena. La única piedad que tuvo fue al salirse de mí y darme un momento de tregua.

—¿Qué quieres hacer, Chris? —torcí el cuello hacia atrás.

—Tu boca es increíble, pero este culo que no paras de menear frente a mí... Joder, es para pasarse la noche en vela —replicó, penetrando mi agujerito con un dedo. Una intrusión no del todo desagradable, si he de ser sincera, que despertó sensaciones ambiguas y me hizo curvar los dedos de los pies.

—¿Ya lo has hecho? —preguntó, explorando con los dedos para preparar el estrecho orificio y repartir el lubricante.

—Sí, una vez. Pero... —No había sido muy agradable.

—Bien, eso significa que será un poquito más sencillo.

Negué con la cabeza.

—No sé si quiero esto, Chris...

—Claro que quieres, *baby*. Confía en mí. —Mientras continuaba con sus movimientos allí abajo, me acarició la espalda a la altura de la cintura y aplicó una ligera presión—. Abajo, y mantén ese bonito culo en alto.

—Relájate, Niquie. —Nick me abrazó, haciéndome recostar sobre él—. Chris sabe cómo hacer esto. —Me sostuvo la cabeza con la mano, contra su pecho, desde donde sentía el eco profundo de su corazón, mientras su sexo presionaba aún durísimo contra mi ombligo.

—Dijiste que no me haríais daño —me lamenté, mansa pero preocupada. Mi queja infantil los hizo reír de una manera tan sensual que resonó dentro de mí. Un sonido masculino que, junto con aquel dedo maléfico, contribuyó a derretirme las entrañas.

—Dije que te trataríamos bien —aclaró Nick, acariciándome el cabello como si fuera un animalito que hay que domar—. Lo estamos haciendo, te estamos tratando bien, dulzura. Solo lo mejor para ti.

Chris me agarró una nalga, apartándola.

—El servicio completo, todo para ti, *baby*. —Su pene frotó a lo largo del surco, deteniéndose en el punto de entrada, ejerció una pequeña presión probando su resistencia.

Me tensé de pies a cabeza, pero permanecí inmóvil esperando que Chris me diera ese "todo", que decidí esforzarme en aceptar a cualquier costo. Porque dentro de mí sabía que Chris era la única persona con la que habría querido intentar revivir algo así. El único que podría borrar un recuerdo amargo, sustituyéndolo por uno bonito.

Contuve el aliento, esperando que se abriera camino con ímpetu.

—Todavía no —murmuró, alargándose sobre mí, una mano apoyada en el colchón y la otra haciendo repasar el glande arriba y abajo, deteniéndose de nuevo en mi orificio. Cada vez empujaba un poco, lo giraba, pero luego se apartaba, y yo sentía que perdía el norte, ansiosa, atrapada en un vaivén de sensaciones cada vez más intensas.

Su glande parecía casi besar mi ano, incitándolo a corresponder.

—Mmh, Chris... —gemí, presionando yo misma mi trasero hacia él, para sentirlo así agradablemente posado entre mis nalgas.

—Todavía no —murmuró de nuevo, haciéndome suspirar y relajar los músculos, dichosa.

Fue entonces, sin previo aviso, que él cruzó el umbral con resolución: sentí ceder mi agujerito de golpe, mientras su glande lo penetraba.

—¡Ah! —grité, tratando de levantarme. La punzada no había sido aguda y terrible como recordaba de mi pasada experiencia, pero tampoco indolora.

—Calma... Ya está dentro. —Me sujetó la base del cuello con la palma de la mano, evitando que pudiera zafarme—. Ya casi está: este culito bonito y descarado puede tener toda la polla que se merece, ahora.

Nick, en cambio, me agarró por los brazos y me levantó los codos del colchón sobre el que me apoyaba, haciendo que la parte superior de mi torso cayera sobre él.

—Agárrate a mí, Niquie.

Incapaz de zafarme de esos dos de ninguna manera, le agarré los hombros, refugiando mi rostro en el hueco de su cuello. Mis músculos se contrajeron, en la medida que pudieron, alrededor del glande de Chris, haciéndome arquear la espalda.

—Bien, dame el culo, *baby*. —Chris procedió con un empuje lento y constante, pero era una polla notable y, a pesar de todas sus atenciones, su avance me pareció el de un toro, masivo e imparable.

—Uuh... Chris... —maullé, sintiéndolo enorme, poseyéndome como nadie lo había hecho antes. Era una sensación terriblemente íntima, impregnada de lo ilícito y lo pecaminoso. El dolor de la excesiva dilatación no me importaba, se desvanecía, comparado con ese sentirme poseída, visceralmente suya. Valió todo el sacrificio—. No sabía que... podía ser... así.

—¿Así cómo? —preguntó con el tono de voz más gutural.

—Devastador y... hermoso. —El aleteo de mis pestañas hizo cosquillas en la garganta de Nick.

—Ahora verás lo hermoso que es. —Se retiró y se hundió de nuevo, por completo. Y yo grité, de nuevo, estrujando a Nick entre mis manos y soplando contra su cuello, pero quedándome a recibir toda la polla de Chris, lo más posible.

El grito se transformó en una serie de gemidos.

—Mírala, cómo lo disfruta. Parece una gata ronroneando. —Nick estaba tan excitado como nosotros, lo sentía en la humedad de su glande, que me mojaba el estómago. Impulsado por el deseo de verme dar cada vez más, me separó las nalgas, de modo que mi agujerito ya ni siquiera podía cerrarse por un mero instinto defensivo.

—Cuanto más la follo, más ganas me da de hacerlo. Es una locura. —Chris mantuvo mis hombros aplastados contra el pecho de su amigo con una mano presionada en el centro de mis omóplatos—. Quiero que lo disfrutes, pequeña, como lo estoy disfrutando yo. Quiero que lo sientas todo.

Levantó una pierna, apoyando el pie en el colchón para follarme con un ángulo que me obligaba a arquearme al máximo para ofrecerle mi orificio para que abusara de él.

—Chris... —su nombre era lo único que, entre jadeo y jadeo, lograba salir de mi boca.

Dentro y fuera, bombeando en el estrecho hueco sin más obstáculos ni dolor, anuló cualquier pensamiento mío. Ya no era dueña de mí misma, era solo carne viva y palpitante, completamente a merced de su polla y del placer desmedido que a cada golpe se anidaba en mi vientre.

Mi espalda, arqueada y tensa, parecía la primera que cedería a aquel asalto. Pero entonces Chris aminoró un instante, bajó la pierna aliviando la presión. En ese momento, mi boca se abrió sobre la piel de Nick, lamiéndole el cuello. Me sentía increíblemente lánguida, atraída por su virilidad, por su piel, por su olor, que percibía constantemente debajo de mí. Incluso la decisión con la que me había sujetado y ofrecido a su amigo habían exaltado el efecto seductor que tenía sobre mí.

Soltó mis nalgas para apretar sus dedos en mi nuca y dirigir mis labios a los suyos. Su otra mano se deslizó entre nosotros, empuñando su miembro. Se apartó apenas, posicionándose mejor.

—Déjamela un segundo —le dijo a su amigo.

Chris se retiró, facilitándole volver a deslizarse en mi sexo. Nick empujó sus caderas hacia arriba y esta vez cedí a la presión, yendo a su encuentro hasta llenarme de él.

—Dios, Nick... es increíble —murmuré, repleta de polla, echando la cabeza hacia atrás.

—Tú lo eres. Eres una diosa. —Su mano subió de mi vientre a mi pecho, siguiéndome en los dulces movimientos de la pelvis con los que había empezado a follármelo. Su toque se volvió ávido, en él percibí toda la admiración y el deseo que tenía por mi cuerpo.

—Cabalga, belleza, cabálgame la polla —susurró, contrayendo los músculos y empujando en los momentos justos.

Me balanceé hacia delante y mis palmas se apoyaron en su pecho. Arriba y abajo, me bajé sobre su verga que, a pesar de la abundancia de fluidos, se deslizaba con dificultad debido a su tamaño. Una fricción exigente a la par que magnífica, que se amplificó cuando Chris movió su mano de mi cintura para introducir su índice en mi trasero.

—¡Uhm! —Me detuve, apretando las nalgas, pero él, no contento, las separó con la pretensión de añadir un segundo dedo, ambos apuntando hacia abajo. Friccionó la fina capa de carne que lo separaba de la polla de su amigo con un perverso masaje.

—Ay, mi madre —siseé, encorvándome hasta apoyar la frente en el pecho de Nick, inmóvil.

Chris giró los dedos en aquel espacio tan estrecho antes de retirarlos. Subió desde el surco entre mis nalgas hasta mi columna vertebral, con una presión que me hizo estirar la espalda y me provocó un largo escalofrío. Luego, en lugar de los dedos, fue su pene el que tanteó mi pequeño orificio.

Intenté hacer fuerza con las piernas para zafarme y liberar mi sexo, para ofrecerle lo que quería.

—Quédate. —Nick no me lo permitió, hundiendo las yemas de sus dedos en la carne de mis caderas y manteniéndose bien plantado dentro.

"El servicio completo", habían dicho. Y yo era una ilusa si había pensado que significaba algo menos. La idea era excitante a morir, pero la práctica...

—No es posible... es demasiado, Nick. —Intimidada por el intento con el que Chris presionó mi agujerito, meneé el trasero y me volví hacia atrás—. Chris, no...

—Yo digo que sí. Te salvé la vida, me lo debes, *baby* —replicó con una pizca de ironía—. Tienes que hacerme disfrutar de tu espléndido culo hasta el fondo.

—No así...

Nick me tomó las manos.

—Mírame, Niquie —dijo, entrelazando sus dedos con los míos—. Ya lo hemos hecho, confía en nosotros. Sé que es mucho, pero estoy seguro de que puedes hacerlo, de que te gustará y de que será una de esas experiencias que nunca olvidarás. ¿No querías una aventura especial?

Cabalga la ola... ellos ya lo habían hecho, quién sabe cuántas otras veces, con chicas como yo. Maldición, ¿por qué tenían que ser tan seductores y persuasivos?

En el fondo, yo también quería saber qué se sentía, lo deseaba hasta la locura.

—Iré despacio, tranquila, nena. —Chris me acarició el pelo y fue cerrando la mano poco a poco hasta agarrarme por completo el cabello en la base del cuello—. Quieta, ahora. —Me apartó la nalga izquierda tirando con el pulgar para abrir mi orificio hasta que noté que la piel empezaba a escocer.

Apreté los dientes, tensa, sintiendo el corazón latir con fuerza, como un gran tambor.

—Nick, mantenla abajo. —En el último momento, decidió soltar mi cabello para empuñar su pene y dejó a su amigo la tarea de asegurarse de que no me deslizara hacia adelante.

Nick me abrazó, apretándome un hombro. Su aliento cálido, cargado de sensualidad, me lamió la mejilla:

—Te sonreí a menudo desde detrás de la barra, la mayoría de las veces imaginándote ensartada por nuestras pollas. Ahora puedo decírtelo. —Contuvo el embate que me hizo gemir, manteniéndome en posición—. Lo siento, Chris está entrando, Niquie.

Yo también lo sentí, con una intensidad desbordante; llevé una mano hacia atrás, contra el abdomen de Chris, para frenarlo, pero él me agarró la muñeca, la torció en mi espalda y la dejó atrapada allí.

Un largo gemido subió por mi garganta, mientras su polla se abría camino en mis entrañas. Nick ocupaba mi sexo de forma tan invasiva que no parecía querer dejar espacio al otro para acomodarse por detrás, y sin embargo, duro como el granito, Chris logró deslizarse en el estrecho canal. Me recorrió entera, ensartándome hasta morir.

—Joder, cómo aprieta —murmuró.

—Da miedo. Siento cómo me lo exprime —replicó Nick—. Ya no me llega sangre al cerebro de lo duro que me lo ha puesto.

No tenía voz. Era puro temblor, con los ojos llenos de lágrimas por la intensidad de lo que le estaba ocurriendo a mi cuerpo y a mi mente.

—¿Sientes lo que nos haces, *baby*? —Chris me besó en la base del cuello y me soltó el brazo—. Agárrate, pequeña, ahora viene lo bueno.

Nick me retiró el pelo que me cubría el rostro descompuesto. Me vio parpadear, liberando mis pestañas de las lágrimas silenciosas, con los labios entreabiertos en una respiración jadeante.

—Ve despacio, todavía tiene que cogerle confianza.

—Seré un caballero. —Chris retrocedió sin salir del todo y volvió a entrar con un sinuoso movimiento de la pelvis. Lo repitió varias veces, gradualmente, montándome con cada vez mayor decisión. Mis dos agujeros, violados de ese modo, se tensaron hasta la locura. Me sentía invadida, sin voluntad, a merced de ellos y de sensaciones devastadoras a las que me rendí, entregándome por completo. No me importaba nada si al día siguiente ya no sería la misma, porque era cierto: lo que me estaban haciendo me cambiaría para siempre. Mi cuerpo quizás podría recuperarse, pero ya no vería el sexo ni viviría las relaciones personales de la misma manera.

Solté la tensión de mis miembros, en la medida en que pude, en la medida en que uno puede hacerlo cuando se es arrasado por la presión

interna y externa de una ola gigantesca.

Nick lo percibió y plantó los pies en el suelo: no aguantaba más estar inmóvil, también él necesitaba entregarse al placer. Al deslizarse su grueso tronco, simultáneamente con el de su amigo, hundí los dientes en su hombro sin ni siquiera darme cuenta, pero al mismo tiempo me incorporé un poco sobre las rodillas para permitirle moverse con más amplitud.

Él gruñó por la mordida y se excitó aún más.

—Dios, estás para follarte entera, Niquie.

Perfectamente coordinados, Chris y Nick se turnaron en la penetración. Uno se impulsaba hacia adelante y esperaba que el otro lo alcanzara antes de retirarse parcialmente, y lo mismo hacía el segundo. Las contracciones de mis músculos internos eran irrelevantes, por mucho que aquellas vergas de acero empujaban divididas solo por una fina membrana, exigiendo espacio donde ya no lo había.

Chris me tiró del pelo, haciéndome doblar la cabeza hacia atrás. Su barba me rozó la sien.

—¿Cómo es? ¿Te gusta tomar dos pollas a la vez, *baby*?

Era la cosa más obscena y alucinante que jamás había experimentado.

—Me estáis... jodiendo... el cerebro... —jadeé, habiendo perdido ya la razón.

—Justo aquí quería llegar: a joder tu cabecita. —Asestó una estocada tan profunda que me hizo gritar a pleno pulmón.

—¡Uuh! —Apreté los puños sobre las sábanas con tanta fuerza que las arranqué del colchón—. ¡Mmh...! —Enloquecida, levanté el culo para ofrecérselo mejor, en la muda súplica de que lo repitiera, aunque mi cuerpo vibraba sin cesar por el aumento de los temblores y se quejaba con ardores íntimos de un dolor que estaba decidida a ignorar.

—Vamos, *baby*, vamos, enséñanos el fuego que llevas dentro. —Me embistió imponiendo su propio ritmo, tanto a mí como a su amigo—. De rica snob a hambrienta de polla, ¿eh, pequeña? Sabía que no me defraudarías.

Corrompida y rendida al deseo hasta la médula, sus palabras cada vez más sucias, eran como chispas cayendo sobre el gas: lo hacían estallar.

—¡Oh-dios-mío! —Su verga se volvió incandescente, deslizándose como un émbolo. Mientras mi sexo estaba repleto de Nick, el impetuoso roce de Chris en mi rincón más íntimo, centímetro tras centímetro, me hizo temblar los párpados y nublar la vista en un creciente y perverso goce.

Nick se dio cuenta.

—Ya casi está, Chris, ya llega.

—¡Córrete conmigo! ¡Vamos, *baby*, vamos, goza conmigo! —Chris se inclinó, aumentando las embestidas, y las sacudidas de placer irrumpieron incontrolables en mi cuerpo, invadido por un potentísimo orgasmo anal.

—¡Sí! ¡Dios...! ¡Sí! —Mi agujerito palpitó como una boca voraz cerrándose sobre su polla que, al mismo tiempo, era invadida por un extremo vigor, alcanzando su punto máximo.

—¡Joder! —me hizo eco Chris, apretando mis nalgas para introducirse lo más posible—. ¡Joder... Sí! —Eyaculó en la profundidad de mis entrañas con repetidos espasmos y gruñidos animales, llenándome de su semen caliente.

Al sentir su viscoso desborde, aún presa de las contracciones, mi culito pareció querer succionarlo todo, disfrutándolo hasta la última gota. Hasta que los espasmos de nuestro furioso orgasmo se calmaron.

En la habitación solo se oía la música amortiguada proveniente del piso de abajo y el soplo de la respiración agitada de Chris, más potente que la mía, ya que había sido su esfuerzo el mayor, el de destrozarme y enviarme al cielo.

Se quedó un instante más dentro de mí, mientras yo me dejaba caer, agotada, sobre el pecho más reconfortante que jamás había conocido, el de Nick.

En ese instante, los labios de Chris rozaron el centro de mi espalda con un beso, antes de levantarse y dejarse caer sobre la cama, a mi lado.

Giré el rostro hacia él, nos miramos a los ojos durante un instante, el tiempo que tardó en cubrir con su mano mi puño aún cerrado sobre las sábanas.

—*Única*... —dijo, dándole un significado especial a mi nombre.

Luego sentí cómo me giraban y me colocaban sobre la espalda.

—Y, ahora, eres toda mía —afirmó Nick.

Dejando que mi cuerpo se adhiriera al colchón, vi que su rostro había cambiado. Inflamado por haber sentido sobre sí, de la manera más íntima posible, todo el tumulto de nuestros violentos orgasmos, había perdido la expresión afable. Sus ojos estaban muy abiertos y encendidos, las venas del cuello tensas, y yo no entendía si lo que sentía era más miedo o excitación.

Me cogió la cabeza con ambas manos, reteniéndola para que lo mirara a los ojos, y comenzó a follarme sin consideración.

Pero era demasiado grande para usar esa energía y penetrar tan hondo...

Grité, poseída, golpeada en la fragilidad de mi carne tierna. Mi mano izquierda se aferró a los músculos de su espalda tensa, y la derecha se abrió, perdiéndose en un espacio vacío, hasta que fue tomada por la de Chris. La apreté con toda la fuerza que pude, y él respondió apretándola aún más, obligándome a suavizar la mía. Solo podía dejarme llevar, ese era el significado de lo que me estaba diciendo.

Luego sus dedos se deslizaron lejos de mí y yo lo hice, me entregué a Nick. Perdí la mirada en sus ojos y, aún recuperándome del orgasmo de hacía pocos momentos, sentí remontar las espirales de aquel placer aún no del todo extinguido.

—Aquí estás. No te me escapas, Niquie... —gruñó él, con los dientes apretados, yendo directo al núcleo de mis pulsiones, como si me leyera por dentro, como un libro abierto.

Mis ojos se llenaron de esas lágrimas provocadas por el desbordamiento de sensaciones, demasiadas y demasiado distintas como para poder encajarlas. Me vi sobrepasada por todo aquello, mientras, bajo los embates de esa polla desmesurada, mis muslos golpeaban como las alas de una mariposa que se agita y muere. Y su muerte fue una descarga cegadora de destellos luminosos.

Me corrí. Invadida por la furia de la magnífica polla de Nick, sacudida por dardos de éxtasis; un placer que se extendió hasta el límite de la frontera con el dolor.

Él soltó mi cabeza al instante y agarró mis rodillas, abriéndome hasta lo imposible, aprovechando la debilidad deliciosa en la que me había dejado el segundo orgasmo. En ese momento, alguien llamó a la puerta, me pareció percibirlo en algún rincón remoto de mi conciencia, pero, incluso si era real, a ninguno de nosotros le importó. Nick dio otras tres estocadas, arrancándome un gemido salvaje y se retiró bruscamente.

Se agarró el miembro con un giro de muñeca, erguido entre mis piernas, y estalló en una lluvia de potentes chorros ante mis ojos y los de Chris, que no se había perdido ni un segundo de aquel polvo.

Sentí el esperma lamer mi piel, ligero y tibio, deslizándose en la concavidad de mi ombligo y bajando por mi pecho, hasta alcanzar el trisquel de mi cuello. Fueron riachuelos de un trofeo cosquilleante y líquido, tan delicado en su curso, en comparación con todo lo que se había hecho para conseguirlo.

Los hombros de Nick subían y bajaban, mientras tomaba largas bocanadas de aire. Yo estaba atónita, jadeante y drogada de sexo, y me sentía como si hubiera experimentado un tipo de plenitud incomparable por primera vez en mi vida.

Y el golpe en la puerta se repitió.

Nick ni siquiera pareció oírlo, regalándome una de sus sonrisas más bonitas, toda para mí. Se la devolví con la boca y con los ojos, asintiendo a todas las palabras que una sonrisa de ese tipo implicaba.

Por último, intercambió una mirada igualmente cómplice con Chris, para luego dejarse caer en el colchón, como un peso muerto, sobre la espalda, colocando el antebrazo sobre la frente.

—¡Eh! — llamó una voz desde fuera de la habitación, golpeando tres veces con los nudillos sobre la madera como para recordarme que existía algo fuera de aquel dormitorio—. ¿Pasa algo ahí dentro?

—No —respondió Chris, lacónico, en voz alta.

Me di cuenta de que sus dedos estaban jugueteando con mi pelo, esparcido sobre las sábanas, y me quedé quieta, disfrutando de aquella caricia perezosa.

—He oído gritos —hizo notar el tipo desde afuera.

—Venga ya —le respondió, irónico—. ¿Qué quieres, Jafaris?

—¿El ángel está ahí con vosotros? —Se oyó un pequeño golpe, como si hubiera apoyado el hombro en la puerta. Su tono era divertido desde el principio; sabía perfectamente a qué se debían los gritos—. ¿Puedo unirme a vuestra fiesta? Me parece más divertida que la de abajo.

Solo de imaginarlo, tragué saliva y doblé las rodillas para recoger mis piernas, aún débiles.

La respuesta de los chicos llegó al unísono, inmediata y tajante, disipando de un plumazo todos mis temores.

—¡No!

—¿Por qué? —preguntó él entre risas, su tono se percibía incluso a través de la puerta.

—Porque *el ángel* es solo nuestro, desde ahora y durante todo el tiempo que dure su estancia aquí. —Chris me tomó de la mano, de forma posesiva, y yo entrelacé mis dedos con los suyos, sellando aquella unión mientras él me acariciaba los nudillos con el pulgar—. Así que puedes ir olvidándola.

Nick, en cambio, se giró de lado, deslizó el índice por mi abdomen y lo presionó junto a mi ombligo, dejando caer dentro otra gota de su esperma,

que resbaló por mis costillas, dibujando un rastro lechoso.

—¿Estás de acuerdo, Niquie? —murmuró.

El ángel es solo nuestro, desde ahora y durante todo el tiempo que dure su estancia aquí.

Me quedó claro que saldría de esas vacaciones mucho más experimentada de lo que había llegado, pero tal como me sentía, la respuesta solo podía ser una.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Con la mano libre busqué la suya y la tomé entre las mías, uniéndonos los tres.

Mientras tanto, afuera, Jafaris no se rendía.

Nick miró al techo, aunque riendo por lo bajo.

—¿Sabes qué puedes hacer?

—¡Puedes irte a tu habitación y hacerte una paja allí, pesado! —concluyó Chris, por su amigo.

—Antipáticos —les espetó el negro, que obviamente era el tercer inquilino de la villa, acostumbrado a bromear con ellos de esa manera. Dio un golpecito en la puerta con una risita ruidosa y se alejó tarareando una cancioncita.

La Isla de Wight.

Luego volvió el silencio, y solo me quedaba escuchar mi cuerpo, sintiéndolo como el sobreviviente victorioso de una loca batalla. Estaba la serena fatiga, la relajación de los músculos y de las partes doloridas, el estado de embriaguez... Pero, sobre todo, como si aún ardiera, estaba la marca impresa por los chicos con su semen.

Ellos, dentro de mis entrañas y sobre mi piel.

***

Vi reflejado en el techo el destello de mi móvil, que venía de mi bolso sobre la cómoda. Los chicos dormían, así que salí sigilosamente de la cama para ver quién me estaba escribiendo. A esas horas de la noche, no podían ser buenas noticias.

Poner los pies en el suelo me hizo invocar mentalmente a todos los santos del cielo, que imaginé riéndose de mí y de mi noche pecaminosa mientras me reprendían. Aun así, llegué hasta el teléfono.

Era un mensaje de mi madre: me avisaba de que Ernest estaba mejorando y que regresaría esa misma mañana. Papá se quedaría en Minneapolis y nos alcanzaría el fin de semana, mientras que ella se adelantaría en el primer vuelo. Su avión aterrizaba en Gran Caimán a las siete.

Y yo tenía que estar allí, en el Caribbean Bay Cove, porque no existía razón en el mundo por la que le daría explicaciones sobre dónde había dormido. Aquella noche era mía, solo mía, y no dejaría que nadie se entrometiera.

Eché un vistazo a los dos chicos en la penumbra. Nick dormitaba de lado, con un aire casi esquivo y misterioso, mientras Chris, boca arriba, dormía tranquilo, como si el tiburón alerta en su pecho montara guardia por él.

Después de recrearme con aquella imagen, me puse la ropa que Nick había preparado para mí cuando subimos tras el chapuzón en la piscina, y busqué en el cajón de la cómoda una hoja y un bolígrafo para dejar un mensaje. No encontré nada, así que probé en la mesita de noche, abriéndola con el mayor cuidado para no hacer ruido.

Nada, solo aparatos electrónicos, un reloj y preservativos.

Mientras la cerraba, una mano me agarró la muñeca.

Casi me da un vuelco el corazón.

—¿Te estás escapando? —susurró Nick.

Me incliné junto a la cama, apoyando los antebrazos sobre el colchón.

—Mi madre me ha escrito que llega esta mañana. Tengo que irme —susurré.

—¿Quieres que te lleve?

—No, ya he mandado un mensaje a Paul. —El taxista de turno, compañero de Ohanko, también a disposición de los clientes del Caribbean Bay Cove.

—Vale. Pero podrías haberme despertado. —Se incorporó sobre un codo, con su mechón —normalmente perfecto— desordenado en todas direcciones. Se inclinó hacia mí, me atrajo con una mano detrás del cuello y me besó con dulzura, haciéndome arrepentir de haber decidido irme.

—Nos vemos luego —dijo, esperando que se lo confirmara.

—¿En la Isla de Wight? —reí en voz baja.

Él me dio un toquecito en la nariz con el dedo índice.

—Exacto.

Epílogo

Bajé a la playa con mi madre a media mañana, después de compartir con ella un suntuoso desayuno, hablar de Ernest y de otros asuntos.

Lo vi enseguida: él estaba allí.

Chris estaba sentado en su sillón rojo de "responsable de la seguridad balnearia", las gafas oscuras, el torso cubierto por una camiseta negra con la serigrafía del resort, un pie en el asiento y el otro extendido en la arena, en una pose relajada.

—¿Nos ponemos aquí, cariño? —Mi madre eligió una de las primeras sombrillas de la fila, frente a la orilla.

Ambas depositamos allí nuestros bolsos y en ese momento él giró la cabeza. Nos miramos a través de las lentes oscuras, y puntos recónditos de mí comenzaron a latir con fuerza.

La luz del sol lo hacía todo más real y más escandaloso.

Había ocurrido de verdad.

Chris se levantó y vino directo hacia nosotras, y con él, también las mariposas alzaron el vuelo en mi estómago.

—Buenos días, bienvenida de nuevo, señora Meyers. —Se subió las gafas de sol a la cabeza y tendió la mano a mi madre, manteniendo el

contacto visual de sus absurdos ojos sobre mí, descarado—. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Buenísimo. Gracias, Christopher, es un placer estar de vuelta —respondió ella, amable y complaciente como era su estilo.

Él inclinó apenas la cabeza.

—¿Y usted, señorita Meyers? ¿Ha dormido bien? —Me tendió también la mano, con la malicia escrita en cada rasgo del rostro.

Se me encendieron las mejillas. Jadeé mientras en mi mente se sucedían imágenes de una disolución indescriptible. Tragué saliva y forcé una sonrisa de compromiso —falsísima— para mi madre.

—No he dormido casi nada, a decir verdad. —Le di la mano y él la retuvo, girándola de modo que mi madre no pudiera ver cómo su pulgar acariciaba el dorso. Yo la apreté, con un vuelco en el corazón, sin importarme que pudieran descubrirme.

—¿Por qué no me lo has dicho? —Se preocupó la tercera en discordia, entre nosotros—. Me parecía que tenías algo raro esta mañana. ¿No habrás comido algo que te ha sentado mal?

Suspiré, sintiendo deslizarse los dedos de Chris de los míos.

—*Comido*, no diría yo —respondí.

—¿Pero estás bien, cariño? —se movió intentando captar mi mirada, sin mucho éxito. No entendía qué me pasaba, ni por qué me había quedado tan absorta. No podía saber que los chicos muy ricos con traje y corbata ya no encabezaban mi lista de preferencias. No sabía que esas vacaciones me habían cambiado profundamente.

—Perfectamente, es solo que... hace calor —me quité el sombrero y empecé a abanicarme con él.

—¿Quieres tumbarte? —murmuró Chris, solo para mí, al filo del atrevimiento; mi madre podía estar algo despistada, pero no era tonta.

Le entregué mi sombrero y di un par de pasos hacia atrás, negando con la cabeza.

—Quiero darme un baño.

Una olita más impetuosa que las demás rompió en la orilla, y su espuma intentó trepar por la arena seca.

—Pero quédate cerca, ¿eh? Y ten cuidado. Es peligroso si no te encuentras bien. Díselo tú también, Christopher, que el mar es peligroso cuando está agitado —soltó mi madre, con su tono típico de advertencia maternal.

—Puedo hacerlo, claro —respondió él, siguiéndome con la mirada, curioso—. Pero no lo sé, señora, su hija me da la impresión de ser de las que hacen lo que les da la gana.

—¿Has oído? —dijo ella, interpretando las cosas a su manera—. ¡No querrás que Christopher tenga que venir a rescatarte! No está aquí para salvar a chicas imprudentes.

Sonreí, de verdad esta vez.

—Ya lo ha hecho, mamá.

Me ha salvado de los prejuicios de una vida snob, venciendo mis miedos e inhibiciones.

Me giré hacia el océano y deshice el nudo del pareo, que cayó revelando mi tanga más atrevido... y la marca inconfundible del mordisco de Chris en mi nalga derecha.

Sentía su mirada allí, fija.

Avancé hacia la línea azul del horizonte, deteniéndome con los pies en el agua, agitando la mano.

—¡Ah, Chris! Se me olvidaba... —Alcé la barbilla, asegurándome de que centrara la atención en mi rostro, más que en mi cuerpo. *"Gra-cias"* articulé solo con los labios, porque era algo íntimo, solo nuestro, que aún no le había dicho.

Y no era ese gracias por haberme salvado de ahogarme. Era *"gracias por no rendirte"*. Porque, con su autenticidad —y con la ayuda de Nick— me había llevado a cabalgar una ola que no era de agua, sino de locas emociones. Y él lo sabía.

Lo vi apoyar las manos en las caderas, sacudir su melena indomable y estallar en una carcajada cristalina, ante la mirada atónita de mi madre.

Le guiñé un ojo y salí corriendo hacia el mar, zambulléndome en el azul. Al emerger, comencé a nadar, exaltada, pero no podía quitarme de encima la sensación de que me perseguía. El ritmo acelerado de mi corazón era el de una presa.

Unas pocas brazadas después, me alcanzó.

Chris me hundió con él, me apretó con fuerza y unió nuestras bocas bajo el agua. Me retuvo así hasta que, sin aliento, empecé a patalear, y entonces me empujó hacia la superficie.

—¡Unique! —oí gritar a mi madre desde la playa.

Chris salió detrás de mí, rodeándome la cintura con esos ojos azules encendidos, llenos de la energía y la sensualidad del mar.

No me pude contener: le rodeé las caderas con las piernas y le eché los brazos al cuello. Aún jadeando, busqué oxígeno en su boca.

—¡Unique Meyers! —chilló mi madre desde la orilla, mientras nosotros nos consumíamos en ese beso con pasión.

En el fondo, debía agradecérselo; de no ser por su insistencia, no habría venido de vacaciones al Caribbean Bay Cove, no me habría topado con un impetuoso surfista ni habría conocido a un barman capaz de satisfacer cualquier deseo... incluso los que una no sabe que tiene.

Reí, feliz, en los labios de Chris, abrazada a su cuerpo.

Y supe con certeza que, pasara lo que pasara o fuera donde fuera, el mar del Caribe jamás dejaría de correr por mis venas.

Gracias por llegar hasta aquí.
Espero que hayas disfrutado de este ebook.
Me encantaría leer una reseña tuya en Amazon o en las redes sociales,
¡todas las **opiniones** son **importantes** para mí!

Si quieres descubrir otras de mis historias,
¡visite este enlace!

Anna

Para conocer nuevas publicaciones, extractos y promociones, sígueme en: